

Catálogo de Meteoros

Aleix Alva

Septiembre 2008

A Virtudes, mi madre

*Esas ideas que vuelan por el espacio
y que, de repente,
chocan contra las paredes de nuestro cráneo...*

E. M. Cioran, *Silogismos de la amargura*

1. La mala sangre

El enfado es una reacción fisiológica. Pero la mala sangre no lo es. La prueba está en que hay veces en las que uno cree que, a pesar de no estar enfadado, *debería* estarlo. Y hace así hervir su sangre con el fuego de un prejuicio y no por causa del acto sufrido. Por la moral nos envenenamos más que por nuestros enemigos. El enfado, como el llanto, se desvanece rápidamente. Pero la moral de venganza no. Allí queda, como el poso que fuerza al odio a renacer una y otra vez cuando el espíritu, en un estado amoral, ya lo habría olvidado. ¡Qué lamentable espectáculo es ver a un cuerpo autoenvenenarse voluntariamente cada vez que recuerda! ¡Qué injusta es la venganza tardía! ¡Qué torturadores somos con nosotros mismos! La moral convierte en efecto lo que en realidad es la causa: la adrenalina. La moral se nos instala como primera causa y como verdugo inseparable.

2. Pirámides

Los hombres deberíamos inspirarnos en cómo un arquitecto distribuye sus ladrillos. Sí, parecen todos iguales, pero unos soportarán más y otros tendrán mejores vistas. ¿Hacer una alfombra en la que todos estén a la misma altura? Eso es más bien el aspecto que presentan *las ruinas*. Considérense las formas hasta ahora experimentadas y médite cuál, habiendo sobrevivido milenios, ha visto y verá derrumbarse innumerables formas de hipocresía. Desde su desierto, majestuosas como montañas, suspiran las formas más estables de arañar las alturas.

3. La voz terrible

En el momento más inoportuno. Se ríe de la solemnidad con cristales en la boca. En plena fiesta ennegrece como el tempo de las marchas fúnebres. Grita si a su alrededor callan. Enmudece ante la multitud chillona. Una voz burlona, cruel, despiadada, desesperada y sobre todo terrible que tiene a su hogar como diana de sus dardos más venenosos. Hay quien llama locos a los que la dejan resonar hacia afuera. ¿Pero no es esta una forma de suavizarla? ¿Por eso los encerramos? ¿Por envidia?

4. Modos de conocimiento

Entre los que nada dicen podemos hallar al que nada sabe y al que nada dice saber. En medio de ambos hay un abismo y una multitud de loros que repiten las palabras más huecas y cuyo valor se mide por el color chillón de sus escrúpulos. Tan incapaces para la comedia vulgar como para distinguir al primer silencio del segundo, humillan a todo el que no entiende de jaulas.

¿Hay alguien que se pare a escuchar a un silencioso? Desconfiemos de los que ya hayan respondido.

5. Sacarlo a fuera

Así habla la psicología popular: «Hay que sacar al exterior toda semilla de mal para que no germine. No se debe uno callar lo que le duele y así no se le pudrirá en las entrañas» Lo que en otras palabras no es otra cosa que: «Échale tus miserias al prójimo. Descarga en él todo lo que hierve en ti» De esta manera no se parece predecir que el prójimo puede hacer lo propio. El que saca hacia fuera toda la basura que lleva dentro se arriesga a que los demás le descubran todo el daño que ha repartido. Porque... ¿existe alguna lengua que nunca haya escupido veneno? ¿Debemos seguir tales consejos? Puestos a cargar con culpas... ¿no es preferible que no sean las nuestras? Callarse lo sufrido enquistaba el alma. Oír lo que hemos hecho sufrir puede romperla.

6. La legitimidad del ataque

Toda sociedad civilizada rechaza la violencia. La considera algo malo y externo que pone en peligro la convivencia en armonía. Error doble, porque nada es malo en sí mismo y sobre todo porque es uno de nuestros atributos más internos. Una sociedad organizada no rechaza la violencia: *la administra*. Se les niega el uso a los ciudadanos y se concentra en lo que vienen a llamarse Cuerpos de Defensa. Así es como una moneda pasa a tener oficialmente una sola cara y una respuesta se vuelve legítima a pesar de que pueda ser mil veces más brutal que la pregunta. El ataque, acto contra-social por excelencia, es el fundador de la sociedad: un miedo compartido y hecho institución.

7. Secretos de la paz

La violencia se alimenta de sí misma. No se gasta y tampoco sigue una ley de conservación: al igual que un músculo, cuanto más se utiliza más fuerte se vuelve. Sus atributos lo son también los de la vida y es este, sin duda, un tabú constitucional. Como toda semilla, puede uno dejarla secar y desarrollar al mismo tiempo una moral desértica que la rodee garantizando así que todo brote sea frustrado. Así se consigue la paz, nuestra anemia espiritual. Un estado de represión continua que se manifiesta por la esterilidad de los que en ella participan, nunca por su felicidad.

8. La doble vida

Todo héroe tiene una doble identidad: la de hombre y la de monstruo. Ambos conviven internamente aunque por fuera no puedan manifestarse al mismo tiempo. Mientras se muestre como hombre será aceptado en la sociedad. Y sin embargo el monstruo...¿debe esconderse? ¿No será más bien que se convierte en monstruo por estar oculto? ¿Quién es el verdadero monstruo? En esta lucha interna suele vivir también todo aquel que ha aprendido demasiado, pues se ve obligado a cultivar su fuerza monstruosa a escondidas.

9. El bueno y el malo

En la distinción entre héroe y villano siempre subyace una moral. El primero sigue intentando vivir entre los hombres. El segundo se ahorra la hipocresía. No esconde su identidad monstruosa. Asume el rechazo frontal aunque le duela. En cambio, el héroe es pura duda. También lleva dentro un ser asocial, pero como está afectado por alguna moral, considera su poder un don que ha recibido y que solo puede usar contra los detractores de esta. ¡Qué tremenda ironía interpretar el enfrentamiento entre ambos personajes como la lucha entre el bien el mal! Que nadie se engañe. No son más que dos naturalezas poderosas dando rienda suelta a su fuerza. ¿Por qué, entonces, admiramos solo al héroe? ¿Por su pizca de moral? Por ella tan solo nos identificamos, por el resto lo envidiamos. Los villanos resultan demasiado perfectos...

10. Solidaridad

Paliativo de los remordimientos de conciencia de una sociedad no dispuesta a renunciar a poder seguirse mordiendo.

11. Desagradecidos

El joven que se burla de la pesadez de sus profesores lo hace con el lenguaje que estos le han enseñado. De la misma manera, la humanidad descansa sobre cimientos contruidos por hombres calumniados en su tiempo y raramente reconocidos después. Así es como crecemos. Como esponjas desagradecidas.

12. El poder como número

Si el poder se vuelve cantidad, si es una cuestión de número. Si se intercambia como un virus, si es anónimo. Si aquel tiene más que este y este

menos que aquel. Si sumarlo aquí es restarlo allí. Si puede pasar por todas las manos... Si el poder se ha convertido en esto, el trono no será para el más valiente sino para el más tacaño.

13. Complejidad

La complejidad es un concepto no complejo. Más bien representa el intento de poner en una palabra lo que se resiste a ella. Cuando no podemos tratar algo ni desmenuzarlo en partes explicables decimos que es complejo. Y nos atrevemos a asegurar que un sistema lo es más que otro, como intuitiendo lo lejos que está cada uno de nuestro entendimiento. Pero lo complejo no está lejos ni cerca. Quizá ni siquiera *está*. Una palabra. Esto es lo único que hemos podido hacer. Una palabra con propiedades que aquello que esta ha bautizado no acaba de admitir. Dicho de otra manera, hemos encerrado a un pájaro y no sabemos entenderlo más que a través de la jaula.

14. La danza y lo sublime

El patoso no puede alcanzar la sublimidad. Solo envidiarla en la medida en que la intuye. Sistemas filosóficos, castillos matemáticos, redes económicas... no son más que torpes bailarines. Lo sublime pertenece a la música y a la danza. (Y no precisamente a los himnos ni al paso militar: estos confunden el ritmo con el metrónomo y la elegancia con la rigidez) La historia de la música y de la danza es la historia de la grandeza y todos los ejemplos de aquellas lo son de esta. Todo espíritu que aspire a lo sublime debe aprender a tocar y a bailar.

15. La medida del poder

No se debe confundir la voluntad de dominio con el apetito de aumento de una cantidad. *El poder* no es cuantificable, por mucho que la economía así lo entienda. El primero que vence al segundo y es derrotado por el tercero puede ver cómo el tercero cae ante el segundo sin querer sacar de ello una contradicción. Tampoco lo es *su voluntad*. Ni esta ni aquel admiten comparaciones, sumas ni restas. ¿Por qué identificamos el poder con el +? ¿Es no ya cuantificable sino unidimensional nuestra voluntad? ¿Es todo esto un arriba y un abajo o simplemente hemos abusado de dicha metáfora?

16. Ornamentos

En el adorno colgamos buena parte de nuestra humanidad. Joyas, pinturas, telas... nos ayudan a disimular un cuerpo demasiado desnudo. En

cualquier otro animal es una humillación. En el hombre, símbolo de buen gusto. La sofisticación, desde este punto de vista, es una señal de imperfección de la que nace el morbo, el fetichismo, la moda, y en definitiva es la forma en la que el *Homo sapiens* se convierte en la única especie en la que se asocia la belleza a las hembras. El macho sofisticado es una terrible ironía, un tigre con lazo en el pelo sobre la arena del circo femenino, lugar en el que un poco de maquillaje arranca una sonrisa hasta de la menos graciosa.

17. Azar

Todo poeta, y en general todo artista, debería en algún momento de su vida darle las gracias al azar, por ser susurrador de las mejores ideas que luego ha fingido tener. El caos es la fuente universal que se sirve de los artistas para plasmar sus obras más humanas. Hay que ser muy desagradecido para no rendir homenaje alguna vez a la musa de las musas.

18. Puntuación

Es significativo que ya desde la escuela se nos valore con un número del 0 al 10 (o con una letra de la A a la F, tanto da) Incluso recuerdo algún profesor que no se ruborizaba al afinar hasta el segundo decimal y practicar un redondeo riguroso: para él evaluar justamente era ser preciso. Alguien dirá que tan solo se trataba de puntuar un aspecto muy concreto. ¿Pero no será que los hombre se unidimensionalizan porque intuyen que es la única manera de poderse comparar?

19. Príncipes y peluqueras

«Mi príncipe vendrá a buscarme algún día» Habla el amor de ella. «Algún día seré príncipe y podré ir a buscarla» Habla el amor de él. Por un lado, la paciencia soñadora. Por otro, la lucha por ennoblecerse y merecer ser amado. Así empiezan y acaban todos los cuentos de hadas. Pero ella, no viendo más allá de sus paredes, se conformará con lo que acepte vivir entre ellas (una rana más pequeña tras cada beso). En él, el aumento de sus fuerzas le exige una compañera digna pero no puede encontrarla. Un día, pasa por delante de la peluquería y ambos se miran. Se cumple el presagio, mas ella solo ve a un loco. Él, se sonroja al ver cómo algo tan despreciable le hizo despertar un día lo mejor de sí mismo. Pasa de largo. Ella sueña cada vez menos.

20. Óptica

El que crece demasiado debe aprender a estar solo, porque su ojo ya no distingue lo pequeño. Asimismo, el ojo pequeño tampoco puede ver las grandes formas más que localmente, y por tanto de forma tangente. El hombre ha pasado de concebir la Tierra como un plano infinito a convertirla en un punto infinitesimal. Esa es la historia de todo el que crece.

21. La música ligera

La música ligera (la única que existe para los oídos bruscos) produce a menudo canciones que embriagan a las almas pesadas cuando con el calor, el azul del cielo y como descanso, sienten cómo la gravedad les abandona y el espíritu les invita a bailar. Quien se aferra al suelo y permanece a la sombra de esos momentos para no mezclarse con lo que no es digno de él, desenmascara una profunda vulgaridad. Porque a veces la vida sube a la superficie a tomar el sol y nosotros, los que tanto la amamos, no pensamos en si es por ello absurda o contradictoria. Simplemente subimos tras ella, a chapotear y enamorarnos al ritmo de esas canciones que seguramente nos vendrán a la memoria al recordar cuándo fuimos más felices.

22. Ardillas y Tortugas

Hace ya mucho tiempo que el hombre dejó de ser nómada, pero no son pocos los que todavía se niegan a tener una casa. Rechazan poseer para no ser poseídos, pero no ganan con ello más poder. Todo ser vivo frágil (y el hombre lo es) sin techo fijo debe cargar con uno a sus espaldas. ¿Acaso es más libre una tortuga que la ardilla que vive en el árbol? El que abandona el hogar para quitarse una cadena se echa sobre la espalda otra cien veces más pesada. El nómada, así, se vuelve lento y demasiado pesado para volar entre las ramas.

23. Público

Los músicos mediocres suelen tener, como compensación, una honradez doblemente desarrollada porque no se sienten halagados al ser confundidos con un verdadero talento. Más bien se preguntan: ¿«Qué clase de público tenemos»?

24. Autoengaño

No son pocas las veces que ensalzamos al artista cuya categoría es parecida a la nuestra y precisamente por esto. De esta manera, una mentira doble produce un alivio también duplicado.

25. Saturación

¿«Qué le importa a la fuente la cantidad de agua que los demás pueden llegar a beber de ella»? Así piensa todo artista fecundo cuando ve cómo su obra satura al público. «Quien quiera alimentarse de mí debe hacer crecer su estómago. Debe hacer crecer su hambre.»

26. El científico pretencioso

Resulta grotesco ver a un científico (aunque sea este de los grandes) ponerse el traje de filósofo. Toda la delicadeza con la que trata sus ecuaciones se le convierte en trazo de brocha gorda. Como si un instrumentista virtuoso se creyera capaz de serlo también en los instrumentos que no son el suyo y con el poder de ridiculizarlos. De esta forma su seriedad se vuelve torpeza cómica. Separando inocentemente sus teorías de su *opinión personal*. Evitando la tensión con sus (todavía más inocentes) lectores. Viendo todo lo anterior como peor, siendo optimistas con lo posterior. No pudiendo evitar poner números a todo, pretenden demostrar, aclarar y utilizar la lógica matemática como herramienta poderosa que nadie (hasta ellos) se ha propuesto usar en la filosofía para erradicar así toda poesía de ella. Todos ellos espíritus bienintencionados, pero *demasiado monolíticos para la tragedia* y su policromía.

27. Hipertrofia

Todo el que desarrolla en exceso una virtud deberá asumir el hecho de ser defectuoso en muchos aspectos. La virtud hipertrofiada asfixia al resto y no lo deja crecer.

28. Reflejos

Me tropecé en mi camino con un animal herido. Paré y luego pasé de largo. «A la vuelta lo cogeré». Sufrí todo el viaje el dolor del cobarde. Volví deprisa pero lo encontré muerto. Y sufrí entonces el dolor del valiente que llega tarde. Sufrimiento doble padece siempre el que tiene valor pero carece de reflejos.

29. Seguridad

Todavía hay quien añade a toda intención futura: «Será si Dios quiere» Y creo que no conviene olvidar semejante advertencia, porque ¿acaso podemos estar seguros de algo que no sea nuestra muerte? ¿No es curioso que sea Dios, el llamado consuelo universal, el que nos tenga que despertar de la religión de la seguridad? La fe en que podemos hablar con firmeza del mañana nos acolcha todo dolor y a la vez nos aparta de la vida. Dios nos previene contra la deidad que en su día lo derrocó.

30. Estantes

Si hay algo que no perdono a muchos filósofos es su manía de clasificarlo todo, de comportarse como biólogos de los conceptos. Al no entender, por ejemplo, el dolor, rápidamente aseveran que «hay varios tipos de dolor», creyendo que de los casos ascenderán a la comprensión. Pero las verdades no pueden admitir un orden bibliotecario y de no ser así hace tiempo que serían polvo viejo. Es preferible hablar de su caos y sus caprichos antes que clasificarlas en estantes.

31. Optimismo

Al decir que para lo incompendido todavía es pronto padecemos dos prejuicios, según sea sobre algo comprensible o incomprensible. En el primer caso porque nadie nos asegura que nos acerquemos a ello. En el segundo, porque no hay tiempo ni distancia para lo que no tenemos ojos ni oídos.

32. Falso adiós

La retirada de un artista joven pretende a menudo regañar a su público y hacer más sonoro su regreso. Convierten así en técnica comercial un recurso que, en silencio, honraría a muchos y absolvería a otros.

33. Enemigos

Hay dos tipos de enemigos: los que sostienen ideas contrarias a las tuyas y los que defienden las mismas que tú pero con más fuerza y elegancia. ¿Cuál es peor de los dos?

34. Modestia

En el mediocre y entre mediocres, la timidez y la vanidad crecen juntas. ¡Como si fueran dignos de ser observados!

35. Las edades del hombre

Todo el que ha contemplado un bosque en llamas y saboreado la impotencia que produce, piensa: «Hace millones de años, en la primera edad del hombre, descubrimos cómo producir fuego. ¿Cuántos más tienen que pasar para que aprendamos a frenarlo? Eso abriría una nueva edad de la que me sentiría más orgulloso».

36. La amante torpe

Del mismo modo que es preferible el silencio a cualquier música irritante, también es más recomendable la abstención que el trato con una amante torpe. Y no por su falta de virtuosismo, siempre mejorable, sino por la tozudez con la que la defiende. El analfabetismo sexual de tales yeguas indómitas me obliga a evitar a toda mujer decente.

37. Lo verdaderamente deprimente

Leyendo a Cioran fortalezo mi amor por la vida, aunque sea a base de negarla de mil maneras. Ahora bien, viendo cómo algunas parejas esperan con cariño y orgullo una indeseable copia de ellos, siento ganas de correr a la ventana más próxima.

38. Inmortales

No soporto la actitud de los que, siendo mortales, actúan como si no lo fueran. Menos todavía en aquellos que, habiéndolo aprendido, lo siguen ignorando. ¿Qué clase de asco sentiría entonces por un ser verdaderamente inmortal al no poder sonreír con su inevitable muerte? ¿Acaso no es Dios, precisamente por eso, un eterno adolescente?

39. La vida como música

El suicida es el tipo de hombre que, no soportando la vida como música, esto es, el baile de lo invisible, la forma del vacío, prefiere la pausa, el silencio, la homogeneidad de la muerte, convirtiendo así paradójicamente su último aliento en un acorde exquisito. (Todavía no conozco aquel que haga

de su acto final una *melódica* agonía) Sin embargo, el obseso del suicidio, el planificador que siempre aplaza su cita, el que eternamente amenaza con lo que más bien sería un alivio, no renuncia a esculpir algo en su mortecina atmósfera. Incapaz para la música, se queda en la palabra, su hermana paralítica, como rarificador del aire y funambulista de barandas. Cioran, según esto, no sería más que un molesto ruido si no fuera porque sacó de él partituras milagrosas.

40. Guías

Cada vez que encuentro en el metro a un perro guiando a un ciego se me encoge el corazón. Sobre todo cuando se tumban en el suelo y te miran con unos ojos que no son sino las puertas de una gran oscuridad. Entonces siempre me pregunto: ¿Qué hace semejante prodigio de la naturaleza paseando a un tarado? Pero el caso es que ahí están, trazando líneas rectas y avisando del escalón. ¡Y así deben seguir! Porque a los que sí tenemos vista también nos enderezan a menudo el camino, recordándonos que mañana podríamos perderla.

41. Gritar para el silencio

Cioran no debería haber escrito nada nunca. Quizás solo un libro en blanco. Entonces se le podría tomar en serio.

42. Basta ya

El ejemplo de Savater me fascina. Un pincel tan fino lanceando a brochas y rodillos sin cansancio. Un maestro capaz de inventar mil maneras de enseñar a sumar a alumnos solo dispuestos a restar. Un pensador individualista y demoníaco que, mucho me temo, acabará recordado como santurrón de masas. ¿Cómo quedar impasible al ver a mi generación agradecerle su voz inagotable con un sonoro abucheo? ¿Es posible acusar al rojo de ser azul? Solo para quien lo ve todo en blanco y negro y le parece sospechosamente gris todo lo que no es extremo. Me tortura pensar cuántas arcadas le producen los que lo amenazan y también los que lo ensalzan como héroe. Me tortura cuántas veces al día añorará enemigos de su talla que, combatiéndole sin amenazarle, le permitan demostrar su verdadero talento. Y sobre todo, me fascina ver cómo sigue haciéndolo sin perder el buen humor.

43. Mujeres y niños primero

Una catástrofe colectiva es un buen ejemplo para ver lo que la compasión ha hecho con el coraje. Primero, los niños, mocosos inmortales, para que se salven de lo que desconocen y por tanto no temen. (Si lloran siempre es por el ruido o la confusión, nunca por la muerte) Luego, las mujeres, debilidad hecha fuerza, desigualdad no siempre desfavorable, dispuestas a ir de luto cuantos más años mejor. Y finalmente, se quedan los hombres, los que más probabilidad tendrían de salvarse, los que a todos llorarán pero de los que nadie se apiada, mueren víctimas de una piedad forzosa que les hace morir como héroes sin elección. Este es el triunfo de Jesús, haber invertido el orden de todas las cosas.

44. Gente con clase

Me gusta la clase de personas que no pertenecen a ninguna clase.

45. Homenajes

Si acertado es el consejo de que no se debe nombrar a Dios en vano, más apropiado es si nos referimos a nuestros dioses particulares. Sobre todo cuando nuestra intención es elevarlo más con nuestro homenaje, porque ¿acaso somos lo suficientemente altos como para siquiera tocarles los pies? Una vez conocí a un profesor, gran admirador de Mozart, que puso el nombre de su ídolo a un ordenador que él había construido con mucho esfuerzo. ¿Qué clase de admiración es esa? ¡Además el aparato en cuestión no funcionaba bien! ¿No merecería la hoguera solo por eso? Nunca me asombro lo suficiente de la enorme vanidad que se esconde tras toda devoción.

46. Lógica masculina

¿Qué sentiría un náufrago que, tras nadar varios días entre tiburones, frío y hambre, se encontrara entre dos islas enemigas llenas de manjares y lindas Amazonas? ¿Hacia cuál nadaría? Así se siente el que, tras una larga soledad, conoce a dos grandes mujeres a la vez. Amargado por el implacable celo femenino en vez de disfrutar el doble de lo normal. . .

47. Superficialidad

El más profundo éxito de un artista sobre su público no consiste en excitar su alma, sino en erizar su piel.

48. Perderse en las mentiras

La verdad. Amar la verdad a pesar de todo. A pesar de que todo lo seque. A pesar de su insípida monogamia, de su *cristiandad*. La verdad. La que se sostiene a sí misma. La que pocas veces concede nombres propios en su seno. La obra que todos han reescrito pretendiendo mejorarla. La terrible verdad que siempre se come a su madre a la vez que la olvida. Pero lo *verdaderamente cierto* de ella es que no deja de ser la mentira más codiciada. Es el poder que concede a quien le araña lo que le vuelve atractiva, no su carácter verídico. Y ante eso, ¿no sería más fecundo perderse infinitamente en cualquier otra ficción? ¿No es mil veces más placentero reconocer el carácter lúdico del conocimiento? ¿No es la teología el más colosal de los *pasatiempos*?

49. El tiempo como libro

En el presente, la página actual. Imposible de disfrutar sin esa sensación de progreso, de que cunde. ¿Quién es capaz de leer un libro realmente interminable? ¿Quién es capaz de vivir eternamente? El final y la muerte dan una finitud que permite el placer del ahora. En el futuro, la última página como trofeo. Librería como vitrina. Volumen y dificultad como prestigio. La obra como juez del autor. Finalmente, el pasado, en el que lo importante no es recordar sino recordar haberlo leído. El diploma como objetivo del conocimiento.

50. Coches

El progreso de la tecnología está muy relacionado con el de la humanidad, pero en relación *inversa*. No hay más que salir a la calle y verla como alguien que ha despertado de un sueño de cien años. ‘¿Se han vuelto locos?’-se diría. Buscaría el verde bajo sus pies y no vería más que asfalto. Buscaría las estrellas sobre su cabeza y no vería más que aviones. Buscaría el canto de los pájaros y los grillos (el silencio como utopía moderna) y no oiría más que unos aparatos que lo confinan a caminar por estrechos y peligrosos bordes. El carnet de conducir sustituye al de identidad. El peatón al caminante. El pedal a los pies. El petróleo al pan. La velocidad al allegro ma non troppo. Pero de lo que más se asombraría no es de los coches, objeto de progreso, sino de la superioridad que los hombres sienten sobre los que hace un siglo vivían sin ellos. (Si es que alguien repara en que un día no los hubo).

51. La Brújula

¿Encaminas tus actos hacia algún lugar? ¿Los evalúas según se apartan del rumbo marcado? ¿Y no te sientes feliz? No. No creo que no lo persigas

lo suficiente. Deberías más bien cambiar de brújula. ¿Por cuál? Por aquella que baila con el viento sin traicionar su función. ¿Una veleta? No. Aquella que no apunta un destino sino la forma de apuntar a cualquier otro. ¿La brújula de la verdad? ¡No! ¡Te estoy hablando de la brújula transversal, la que atraviesa todas las verdades! ¿Todavía no lo adivinas? ¿Es que acaso nunca te ha magnetizado la Brújula de la Alegría? Entonces, qué perdido has caminado hasta ahora.

52. La polaridad del tiempo

Primero, el futuro. La expectativa, el sueño, la ambición, el estudio, la acumulación. El joven como proyecto. Más tarde, el pasado. La añoranza, el arrepentimiento, la envidia, el reproche, el recuerdo lejano más intenso que el cercano, las sentencias. El viejo como tribunal. Entre ellos, un instante. El presente que no acompaña sino que espera escondido. La simetría que demuestra la verdadera polaridad del tiempo, el ecuador que lleva del futuro al pasado, el punto infinitésimo al que no dejamos nunca de mirar.

53. Jaque a la subestimación

Subestima a sus enemigos solo aquel que nunca se enfrenta a ellos. En tiempos de paz, el ajedrez enseña a corregir ese grave defecto.

54. El tiempo finito

La finitud global del tiempo ha sido hasta ahora uno de los temas centrales en la historia de la filosofía y el arte. Pero, ¿quién ha dedicado una sola línea a su finitud *local*? Bien es cierto que la primera condiciona a la segunda, pero esta, aun siendo menos general, es mucho más trascendente. El nihilista, con su para qué, es globalmente invencible: Nada vale la pena y no hacer nada es lo más honesto. Un eterno y estéril presente. Por otra parte, el artista global busca la obra que justifique su sacrificio. Un eterno futuro. La historia como objetivo. Estos son los dos arquetipos universales: el tiempo como hastío infinito y el tiempo como breve oportunidad para volverse eterno. Sin embargo, ninguno de ellos es verdaderamente trágico y, por lo tanto, humano. El problema más serio con el que se enfrenta la voluntad no es su utilidad ni su eficiencia, sino su *pluralidad*. El hombre que se pretende superior no puede renunciar a todo o dedicarse a una sola cosa. Ni debe perderse en la amargura nihilista ni debe aspirar a la inmortalidad. Lo que busca el alma plural es la mortalidad más brillante posible, es decir, la más armónica. Así que no sufre la finitud del tiempo solo como cantidad, sino como equilibrio. Como un pecho que debiera administrar aire a varias

voces a la vez, como una boca que tuviera que alimentar a diversos estómagos. Por tanto, dicha voluntad anhela un tiempo más *ancho*, no más largo. Pero la inevitable linealidad temporal le obliga a crearse ciclos que le permitan mantener su polifonía. Unidades suficientemente cortas para mantener un crecimiento paralelo pero lo bastante largas para que cada parte crezca individualmente. Este es el problema local del tiempo finito, padecido por todo hombre que aspire a la grandeza sin pasar por la locura.

55. Dones

Los dones no se merecen. El hecho de que ciertas cualidades mejoren con el esfuerzo no implica que este haga merecerlas. De un artista, un público sano admira su obra. El moralista en cambio concede más importancia al esfuerzo que esta le ha costado.

56. Si yo tuviera una escoba...

No soy dado a tediosas enumeraciones de males del mundo, a catástrofes globales o a las injustamente llamadas tragedias. Por otra parte, tampoco tengo un espíritu excesivamente justiciero. Pero si yo, por un momento, aunque solo fuera en una ocasión, tuviera una escoba, una cuyas ramas alcanzaran los rincones más oscuros, entonces... qué rápido me barrerían...

57. El eterno intruso

El hombre renacentista que por un imperdonable retraso acabara naciendo hoy estaría condenado a ser un intruso en todas partes. Porque él amaría u odiaría cada cosa por ella misma y no por su procedencia. Porque nunca se acercaría a sus semejantes por motivos de semejanza. Y sobre todo porque sería multidisciplinar, virtud máxima de su época natural y signo de traición para el sectario, paradigma de nuestra era a la que los historiadores harían bien en bautizar como El Corporativismo.

58. Dios y la música

Varios compositores no especialmente devotos escribieron música sacra capaz de estremecer al corazón más ateo. Cantos para los que ninguna capilla es lo suficientemente alta. Misas que son en sí mismas paraísos ultraterrenos. Partituras sagradas que toman su calificativo de la grandeza que constituyen y no de la deidad a la que oran. No obstante, Dios no desaprovechó la ocasión de elevarse con ellas hasta lo más alto, desde donde gozó de respeto, temor, y por lo tanto amor. Escuchad, sin embargo, lo que los fieles cantan hoy en

las iglesias y comprended por qué ahora su Dios vuela tan bajo, por qué les es tan *cercano*.

59. El infierno de Eolo

Si tuviera que imaginar un infierno, uno verdaderamente terrible, no recurriría a la verticalidad de las llamas, sino a la tangencia del viento. Pero no al de los huracanes ni al de ninguna corriente turbulenta. Un viento moderado y constante, que aturdiere los oídos y disipara las palabras erigiéndose en una única nota sostenida infinitamente. Un viento que solo admitiera una dirección y un sentido, que no tolerara las formas abruptas. El fuego cristiano es violento e irreversible, el castigo de una divinidad con prisas. Un infierno eólico es más eterno, más temible. Jesús personaliza cada hoguera honrando así cada pecado. Eolo, anónimo y paciente, ofrece una terrible alternativa: la purgación erosiva.

60. Sin contradicción

Me gustan las contradicciones. Sobre todo aquellas que no me gustan.

61. Historia o historial

Confundir grandeza con hipertrofia: tal es el gran error del hombre cuando reflexiona sobre sí mismo. El hombre no es una culminación evolutiva, sino una verruga. Por lo tanto, la Historia no debe entenderse como un progreso, sino como un dilatado *historial* clínico.

62. Solo para hombres

De todas las razas y nacionalidades solo podemos encontrar a un tipo de hombre capaz de amar a una mujer en el sentido más romántico de la palabra. Son estos, sin duda, los actores porno. Polígamos por oficio, el sexo no les representa un problema, ni siquiera un objetivo, así que pueden emanciparse de él como el burgués lo hace del hambre. El hecho de fornicar a diario con mujeres de gran belleza les permite vislumbrar cualidades más internas, es decir, más *verdaderas*. . . Así pueden ser románticos, apreciadores del alma, o al menos comprobar si es eso posible. Los demás hombres, ante esto, vivimos en una permanente superficie, mezcla de engaño y autoengaño. Preguntándonos qué hay en el más allá, más allá del pecado.

63. Teatro diurno

¿Por qué es hoy el teatro un arte descendente? Seguramente, porque se representa casi siempre al anochecer... ¿A quién le quedan fuerzas a esas horas para atender soliloquios profundos o experimentar catarsis purificadoras? Sin duda las compañías buscan la franja de máxima asistencia, pero a costa de un público con una frescura mínima. Esto ha llevado a las grandes obras, las que exigen un espectador activo, a convertirse en huesos soporíferos. Sobreviven con relativa facilidad los espectáculos que se subordinan al entretenimiento, ¿pero qué hay del teatro ascendente, aquel que sacude, cambia y fortalece al auditorio? Ese, hay que representarlo antes, cuando todavía el sol es el foco principal, y sin temor a un aforo vacío, pues lo que importa es que los pocos espíritus diurnos que vayan salgan llenos...

64. Estadística solitaria

En un problema que requiere la colaboración de muchos, ¿cuál es el esfuerzo que hace el que, aún sabiéndose solo y por tanto inútil, persiste en su comportamiento ejemplar? A todo el que, a pesar de todo, no abandona lo que cree que es mejor, le dedico el siguiente cálculo. Como primera hipótesis, consideremos que tal comportamiento no es contagioso... Sea N el número de personas en el mundo. Sea A_i el esfuerzo que una persona i realiza en un acto. Si lo hace, $A_i = 1$, y de lo contrario $A_i = 0$. Para que el acto sea efectivo, el valor medio de A sobre todas las personas debe ser sensiblemente mayor que 0. Sea $\langle A \rangle \equiv \frac{1}{N} \sum_i A_i$ este esfuerzo promedio. No obstante, supongamos que en todo el mundo solo una persona j hace ese esfuerzo $A_j = 1$, de forma que su desesperada contribución al valor medio resultará ser de $\frac{1}{N}$, que para N muy grande es casi cero. Pero el esfuerzo *relativo* que ha hecho es $\frac{A_j}{\langle A \rangle} = N$. Queda demostrado que aunque el esfuerzo del solitario es finito y su contribución tiende a cero para $N \gg 1$, el valor de su esfuerzo respecto al de los demás se hace enorme. He aquí el placer trágico del que lucha solo contra el resto.

65. Panza arriba

Vivo mi vida como un escarabajo volteado. Sé que por una ley mecánica sencilla no puedo escapar de mi destino fatal sin una ayuda externa, y en ese sentido todos estamos solos. A menudo pataleo y me balanceo, confiando en que la física se despiste alguna vez y yo pueda aprovechar el momento. Otras veces me atareo en comer las hojas que por azar caen sobre mí, consciente de que así solo aplazo mi último bocado. Pero lo más sorprendente es que a menudo me siento feliz, panza arriba, tomando el sol. ¡Como si yo mismo

hubiera decidido acostarme! Entonces siempre pienso en lo triste que sería poder caminar.

66. Newton y la tragedia

El más célebre de los físicos afirmó que si sobre un cuerpo actúa una serie de fuerzas cuya suma es nula puede considerarse a todos los efectos que no actúa ninguna fuerza sobre él. Pero esto es válido solamente para un punto, porque el espíritu, corpóreo y espacial, sufre más cuanto más equilibradas están sus fuerzas. Según la segunda ley de la mecánica, es la fuerza resultante lo que se convierte en movimiento, en acción. Pero, ¿y el resto? ¿Acaso no permanece como angustia e impotencia? Primera ley de la tragedia: las fuerzas en un mismo cuerpo no se suman, sino que lo pluralizan. Al final, hay una acción e innumerables pasiones.

67. Jazz

El jazz es la búsqueda de la inmortalidad en lo efímero, el arte que no deja obra, la música que no pasa a la historia más que en un presente atemporal, *a tempo*. No es posible plagiarla sin traicionar su esencia, aunque el plagio imperfecto es uno de sus pilares. No permite tachones ni reconsideraciones. Arte a tiempo real, no apto para dudosos. Frente al que blindó sus obras con una firma que le cuesta más esfuerzo que aquello a lo que protege, la humildad del que improvisa, la generosidad de lo irrepetible. Frente a la trascendencia de los libros de historia, el reloj indomable del swing.

68. Nietzsche y los desagradecidos

La mayoría de intelectuales, cuando se hacen viejos, se ponen contra quien más fuerza les dio en su juventud. A veces, porque son ya más poderosos que él. En cambio, con Nietzsche es diferente. La forma en que algunos reniegan de él es completamente opuesta, puesto que no encuentran cómo dejar de ruborizarse ante sus escritos. Ser nietzscheano no está bien visto y cualquiera que quiera serlo será tachado de todo menos de democrático. Renegar de él no es romper con algo antiguo sino desistir de un hueso *demasiado* moderno. Todavía sirve como condimento, eso sí, pero sin pasarse, que no todos los estómagos pueden soportarlo y no hay nada más escaso hoy en día que la impopularidad intencionada. Savater juega al nietzscheano en casi todos sus libros, excepto en los que le dedica, donde adopta de repente un tono socialista, democrático y desagradecido. Cioran, cuando lo nombra, pierde toda su genialidad al intentar ridiculizarlo. Admitámoslo. No podemos volar tan alto. No pasa nada. Pero no es cuestión de patear filosóficamente al constatarlo.

69. Cargas

Las cargas más difíciles de llevar no son las más pesadas, sino las que tienen el asa más fina.

70. Himnos

Los himnos tienen algo más allá de lo nacional y lo militar. Tienen algo que emociona y que engrandece al hombre. Si tuviera que ponerle uno nuevo a mi país, mi ciudad, barrio o calle, se lo encargaría a John Williams. Sus fanfarrias hacen sentir gigante a mi pequeño corazón.

71. Superalegres

A los que se someten a un test de inteligencia habría que restarle cien puntos solamente por ello. Un superdotado es como una copa en la que cabe más vino y una boca que puede beberlo más rápido. Pero ¿acaso tal cantidad y precipitación les da derecho a un vino mejor? Y en cualquier caso, ¿a quién le importan semejantes borrachos? La especie verdaderamente superior es la que bebe el agua cristalina de las montañas, esa que no se acumula y no se deja medir. Esa que no se estanca, y que en vez de ascender cae al mar inevitable con la bravura de las acequias. Estos, y solo estos, son los verdaderamente privilegiados.

72. Ebrios y sobrios

Ambos términos son contrarios, es cierto, pero siempre los confundo. ¿Debería usar el diccionario? ¿Acaso me diría la verdad?

73. Frivolidad

La frivolidad es un síntoma de buena salud, excepto cuando se frivoliza a sí misma. Si intentara despojarme de ella, me estallaría el corazón en pedazos invisibles. ¿De qué me acusas, entonces? ¿De mostrarme ajeno a tu causa? Siempre puedo nombrarte un millón de desgracias peores las cuales ni siquiera consideras como tales.

74. Promesas

La fuerza con la que se hace una promesa proviene de la debilidad de lo que se promete, porque lo que se acaba cumpliendo entonces es la promesa, dejando al acto prometido como resultado secundario. La voluntad fuerte, en

cambio, no necesita autochantajearse hipotecando su propia palabra. Prometer es cambiar de objetivo, cambiar el campeonato por la zanahoria. Al enunciarse, una promesa se rompe a sí misma.

75. Nietzsche, otra vez

Friedrich Nietzsche no es solamente un maestro, sino también un entrenador. Para lo primero, es necesario leerle, releerle incluso. Pero para lo segundo, es preciso no abandonarle nunca, dejar que te acompañe en tus paseos. Solo así, permitiendo una compañía tan incómoda, te hace más fuerte.

76. El límite del conocimiento

Sabemos lo débiles que somos en tanto que constatamos nuestros límites, pero nunca la fuerza que poseemos. ¿Cuántas cargas eternamente fieles nos acompañan desde el primer día? ¿Qué siente el astronauta que, a su regreso, se ve incapaz de mantenerse en pie? ¿Acaso no ha descubierto más con ello que con su viaje estelar? La evolución del hombre camina hasta el final de su propio poder, a base de perderlo. La pérdida de toda carga como límite del conocimiento.

77. El hombre y la violencia

La diferencia entre el hombre violento y el pacífico no radica en la cantidad de violencia que poseen sino en su capacidad y voluntad de reprimirla. Por eso entre ambos no hay un abismo sino tan solo una pequeña chispa.

78. ¿Amistad?

Difícil es encontrar al que no alabe las numerosas virtudes de la amistad. Tener amigos es casi un deber moral. No obstante, menos sencillo es conocer algo ignorando su contrario. Alaban incondicionalmente el mar los que se bañan en la orilla tranquila. Promueven la paz los que han perdido muchas guerras. Admiración de turista, poco más. ¿Cómo, si no, podría alguien predicar la amistad no solo negando tener enemigos, sino convencido del perjuicio que conlleva tenerlos? Te recomienda caminar con una pierna aquel al que le han amputado la otra. Tal filosofía, coja, cobarde, superficial, es una de mis numerosas enemigas.

79. Escatología lacrimal

De las numerosas reglas de la mal llamada mala educación me sobran todas y me falta una, a saber, la del llanto. Los que se me ponen a llorar me merecen un profundo desprecio. El sollozo, las gañotas y toda la mucosidad que desprenden me inspira tanta repugnancia que me compadezco del pañuelo que tiene que soportarla. El llanto es negatividad infinita, la parálisis como medicina. El que llora a solas se beneficia de su capacidad curativa, y en ese sentido no está exento de salud. Pero el que abofetea sus lágrimas contra su forzosamente comprensivo interlocutor no es más que una prosituto de la dignidad a cambio de una siempre falsa compasión. Chantajes salados, nada más.

80. Jaulas

¿Qué me importa a mí el límite del conocimiento, del universo o de la tecnología cuando otras barreras mucho más cercanas no parecen importarle a nadie? El paseo oscilante del guepardo. El cristal incomprensible del pez. La única rama que conocerá el canario. El hombre, mientras discute la finitud del espacio-tiempo, reduce la sabana a cinco metros, el mar a cincuenta centímetros y el cielo a menos de veinte. Se logrará la infinitud del hombre cuando todo lo demás se asfixie entre los barrotes del cero.

81. Sueño

Sueño con una especie que se adjudique el derecho a criarnos, engordarnos y finalmente comernos a todos. Una especie que no comprenda nuestros quejidos, ¡que los interprete como hermosos cantos! Que lleguen a creer que estábamos aquí *para* teñir sus sacrificios y saciar su hambre. ¿No podría ser la Tierra, al fin y al cabo, una granja colosal, o una yogurtera en la que fermentamos hasta la modernidad? Si fuera así, deberían llevarnos ya a sus estómagos. No creo que andemos lejos de caducar.

82. Purgando la Tierra

Hay demasiadas personas pisando el mismo mundo. Tantas, que hay que empezar a convencer a todos los que reniegan de él para que lo abandonen de una vez por todas. Invitar a morir a todo el que denigra la vida. Permitir a un tumor mostrarse desagradecido con su víctima... ¡es el colmo!

83. La vida como árbol

Solo le gusta viajar al que es poco profundo. A él le place deslizarse por la superficie del mundo y en ello encuentra su propia profundidad. Para mí, en cambio, un viaje es un trasplante, un desgarramiento de raíces. En una época tan cambiante y con velocidades críticas, me afirmo como árbol. Como ser que dosifica sus cambios lenta y verticalmente. Frente al nomadismo original que no se resiste a probar los frutos del Árbol de la Vida, proclamo otra posibilidad: la vida como árbol.

84. Frutos

La caducidad de una obra no debe ser objeto de desánimo para ningún artista. La fertilidad no busca la perpetuación indefinida de su brote sino la abrupta voluptuosidad que este proporciona. Los frutos más frescos se descomponen rápidamente. Los que nadie puede digerir, esos, duran siglos.

85. Salud intelectual

El amor, finito en su duración, que no en su multiplicidad, se considera inabarcable en tanto que se padece. A la muerte, sin ignorar que nos acecha en cada respiro, se la percibe como tangible solo en contadas ocasiones. La inocencia, cuya pérdida es la entropía de la racionalidad, se recobra fisiológicamente cuantas veces se extravía. Para el que goza de buena salud, la filosofía no es más que un divertimento. La ciencia, un pasatiempos. La religión, una ópera buffa. El que, en cambio, nada puede olvidar. El que se vuelve incapaz de disfrutar porque ha descubierto la falta de todo sentido. El incapaz de bailar con ligereza sobre la gravedad de las letras y los números. A él, al lúcido, no debe atribuírsele una mayor profundidad sino una fisiología más débil.

86. La supremacía del autor sobre su obra.

Con Cioran nunca sé si estoy ante un enfermo o ante un sano que finge enfermar por simple vanidad. Que nunca se atreviera a suicidarse le da a su filosofía un carácter lúdico que me encanta. De haber saltado en alguna de sus noches infinitas, no me atraería nada su obra, aunque fuera exactamente la misma.

87. Más enfermedad

Se hace uno interesante en la medida en que se enferma. ¿Acaso no es el día de su entierro cuando más atención despierta la mayoría? ¿Habrá alguien

capaz de matarse con ese propósito? Sin duda, por su doble enfermedad, sería doblemente interesante.

88. Ortodoxia

Toda ortodoxia es buena en sí misma porque muestra la intención de hacer las cosas bien ¡por terribles que estas sean!

89. La divinidad del hombre

Al peor de los asesinos, al criminal de más bajo rango, nunca lo encerramos de por vida y siempre en celdas de dimensiones aceptables. En cambio, a la pantera, la horca o al elefante, les aplicamos la pena contraria, perpetua en el tiempo e ínfima en el espacio. ¿Algún juez, filósofo, o quien sea me puede justificar eso sin apelar a la injustificable divinidad del hombre?

90. La vida ideal

La vida ideal es aquella que no necesita ideales. Para mí, es aquella en la que todo lo que me gusta es una necesidad. Un mundo en el que tenga que escalar colinas para poder comer, en el que deba tocar con dulzura para sobrevivir a las fieras. Donde la fuerza sea un requisito, no un *objetivo*. Es extremadamente difícil crecer con tantas cargas artificiales. No por lo que cuesta mantener su peso, sino por el esfuerzo que conlleva imaginarlas a diario.

91. Un solo gesto

¿Te agachas por un euro y no para sacar al caracol de su lento extravío? Ya no necesito saber nada más de ti. Con dos gestos, que es uno solo, me desvelas lo que tus palabras ya no podrían disimular.

92. Desguace

La tecnología puede hacer correr un coche a velocidades sobrehumanas, pero por lo visto es incapaz de evitar que los conductores las alcancen. Dos progresos que evolucionan uno contra el otro. Al final, el cementerio y el desguace. Dos lugares que crecen por igual.

93. Hermandad humana

Los científicos aprovechan su porcentaje de similitud genética con otras especies para llevar a cabo innumerables salvajadas con ellas. No importa que algunos primates aventajados sean claramente más listos que algunos retrasados mentales. Cuanto más parecido, más fiable será el experimento. Este, y no otro, es el verdadero concepto de hermandad en el hombre.

94. Mártires de laboratorio

¿Por qué tanto ensalzar a los grandes científicos? Si no hubieran hecho lo que hicieron, otros acabarían ocupando su lugar. A quien habría que levantar monumentos es a todos los roedores que han perdido su vida, lo único verdaderamente irreplicable, como víctimas de nuestras locuras. Lo merecen más que los héroes de guerra, pero un homenaje mínimamente aceptable requeriría cubrir de mármol el mundo entero.

95. Notas para una buena filosofía

Toda filosofía que se precie debe caminar en dos direcciones a la vez. La primera señala lo que todos, hombres y otras especies, tienen en común, a saber, nuestra muerte universal. La otra, lo que cada individuo tiene de múltiple en su interior. En contra del etnicismo nacionalista que hoy reina, una misma muerte para todos. En contra de la personalidad, la coherencia y el monólogo, la pluralidad de voces, la tragedia: el coro.

96. Espectadores

El espectador clásico es aquel que disfruta una historia y se deja sugestionar plenamente por ella, sin descomponerla en partes. Sabiamente inocente, sueña con ser protagonista de aventuras, héroe de grandes hazañas. . . Es alguien que por un tiempo desea vivir la acción representada en sus carnes. Hoy en cambio, predomina otro tipo de espectador. Uno que raramente se deja sugestionar. Uno que valora por secciones (actuación, escenografía. . .). Pero su característica principal es que no sueña con ser el protagonista de la historia (sea este el bueno o el malo) sino con ser el actor que lo representa o el escritor que elaboró el texto. Entonces, ¿qué importa lo que se cuente en el escenario? Lo relevante es que el actor pueda lucir sus virtuosismos. ¡Teatro y cine *alla concertante*! El ingenio en los diálogos, una buena estructura, ya no importan tanto como el hecho de tener un buen making of. Buen síntoma de ello es la ingente cantidad de obras en las que el actor representa al escritor o a sí mismo. Como consecuencia (y quizás causa también), el

espectador ya no sale imaginando que viaja a la Luna o al centro de la Tierra, sino que corre a apuntarse a la escuela de arte dramático más cercana. Mientras que el músico de orquesta, ocupado en interpretar una partitura sabiendo que ella es la única protagonista, el actor y el escritor hacen de su oficio una praxis orgánica. Se ejercitan en la pérdida de su personalidad para poder así adoptar la de sus personajes. Finalmente, su decrepitud se convierte en paradigma: la paranoia sustituye al espíritu, la heroína al héroe y la afectación al sentimiento.

97. El peligro de la integral

¿Cuánta música puede verdaderamente asimilar un alma? ¿Cuándo la abundancia se me convierte en indiferencia? ¿En qué punto ya no tengo tiempo para escuchar más de una vez cada nota? Incluso si prendiera un fuego justiciero y ardiera toda la hojarasca, aún quedarían tantas obras de arte que cien vidas no me serían suficientes. Una Cantata de Bach es una bendición caída del cielo, pero quien se sitúa ante toda la integral sucumbe a un aplastamiento marmóreo. Si una sola grabación me puede transportar al infinito, ¿a dónde me dirijo con infinitos discos? La integral de las integrales: así es como la divinidad se burla del melómano.

98. Nacionalismo internacional

Actualmente se puede encontrar regionalismo a escala mundial y sin embargo son pocos los individuos que todavía se afirman como universalistas. ¿Nacionalismo internacional y patriotismo individualista? ¿A quién le sorprende? Con la excusa de una diferencia externa se moldean ciudadanos homogéneos. Y cuando la siempre enriquecedora exclusión se practique en todos los países ¿no obtendremos por la misma razón a un arquetipo verdaderamente universal?

99. Amores maestros

Si Dios realmente desaprobaba la infidelidad, ¿por qué, aun creando cerraduras de variedad infinita, permitió que todas las llaves fueran maestras?

100. Humorista y filósofo

Un humorista que intenta hacer reír suele hacer bastante poca gracia. Peor todavía si él mismo se ríe de sus chistes. Tal es el defecto de la mayoría de los filósofos. Pocos hacen pensar de verdad.

101. Efecto secundario

-Las mejores contribuciones a una empresa no suelen venir de los que más la apoyan, sino de quien más persiste en acabar con ella. -Entonces, ¿de qué le sirve a este tanta hostilidad? -Todavía no has entendido el valor de la enemistad.

102. La vida en un segundo

Al que está condenado a vivir y morir miserablemente, y con esto me refiero a toda criatura capaz de sufrir, ¿es recomendable, si está en nuestra mano, ofrecerle algún lujo, alguna exquisitez o exceso? Un pescado fresco para un gato famélico, una entrada de fútbol para el niño de la mirada adulta, un beso de miss al feo... Nada de eso conseguirá nada, salvo quizá hacer constatar su verdadera condición. Y sin embargo, no creo que sea ninguna tontería atesorar al menos un pensamiento dulce para el día en que respiremos por última vez, ese en que te pasa toda la vida por delante en un segundo. Tener ese único recuerdo, quizá más valioso que un centenar, y poderse marchar saboreándolo...

103. Pasar a la historia

Con lo feos y aburridos que suelen ser los libros de historia. ¿A qué viene tanto esfuerzo por aparecer en uno? Yo preferiría mil veces aparecer en uno de aventuras.

104. Dolor

¿Quién ha dicho que nuestra especie tenga la exclusiva del dolor? Uno puede estremecerse ante todo el que hay en África e ignorar el del matadero del barrio, lamentarse por una muela y al mismo tiempo aplastar decenas de hormigas y gusanos. Mientras el dolor propio simplemente se experimenta, el ajeno necesita imaginarse, aprenderse, y en el caso de los humanos, *hacerse verbo*. Por eso quizás al quejica que nada tiene se le compadece más que al toro que, sobre la arena, nada dice. El lenguaje... ¡vaya un torpe vehículo para la angustia! Un dolor que aún se permite adjetivos casi no merece ser llamado así. Un espasmo, un gemido, unos ojos de espanto... tales fórmulas son mucho más precisas. El hombre, enfermo de lenguaje, filtra al mundo a través del diccionario. Ya solo escucha sus entradas y a quien las puede pronunciar. Y a una pena incalculable le adjudica apenas cinco letras que, al decirlas, no producen dolor alguno.

105. Cuando me desvelo.

Cuando me desvelo, leo a Cioran. Inmediatamente recobro el sueño...

106. Ejemplo

No deberíamos avergonzarnos al hacer lo que otros animales también hacen, sino al efectuar lo que ellos nunca harían.

107. El sexto pecado

Si la pereza fuera ociosa e inactiva, debería ser débil y fácil de vencer. Pero la inmovilidad que produce no se debe tanto a una apatía del alma como a su impertérrita albañilería. La desidia levanta murallas por doquier sepultando a quien la contempla. Este pecado inmobiliario no es del reposo anquilosado sino el del esfuerzo excéntrico del espíritu.

108. El milagro de Dios

La manera que tiene alguien de calibrar el poder de Dios viene dada por la forma en que concibe el milagro. Hasta ahora, tales fenómenos y sus variantes podrían reducirse a esto: representan la violación de una o varias leyes físicas bien establecidas. Caminar sobre el agua, levantar el vuelo, multiplicar el pan... Números de feria que todavía arrastran a multitudes. Para el escéptico en cambio lo que parece verdaderamente milagroso es que tales leyes no dejen violarse nunca. «Dios no necesita disfrazarse de mago». Y así en el alma atea crece la Imagen más poderosa de cuantas han existido, la verdadera resurrección de Dios: la Ley inquebrantable, el milagro de que nunca lo haya.

109. El pueblo elegido

¿Por qué Dios eligió a un pueblo tan necio como el israelita? ¿Acaso quiso probarse a sí mismo?

110. Especulación

El Dios de Israel da la sensación de ser un miembro desterrado de la familia olímpica. Quizá era feo y agresivo, o demasiado individualista. En su exilio, busca a un pueblo suficientemente inepto como para preferirle a él antes que al propio Zeus. No por casualidad les comunica que es un dios celoso, lo cual no confirma precisamente su carácter único. Pronto se da

cuenta de la mala elección que ha hecho, pero insiste en su pueblo para no ser el hazmereír de la familia. Se trata de una divinidad maldita, el Frankenstein de los inmortales, amargado, caprichoso y notablemente iracundo. . . Incapaz de amar o combatir a sus semejantes, se encierra en un arca junto a los hombres, intentando exprimir algo divino de ellos.

111. Querida rutina

Cualquiera que haya querido algo que necesitara un esfuerzo diario sabe que la rutina es un ideal imposible de alcanzar. Se la estigmatiza como una maldita repetición que se opone a la distracción, como el tempo que tiene la realidad *por defecto*. En cambio, yo llevo años intentando acercarme a ella sin ningún éxito. El uso disciplinario es lo único que permite al hombre mejorar. Tanto es así que un mediocre metódico puede brillar más que un superdotado perezoso. Su aparente antónimo, la aventura, no es más que uno de sus posibles resultados, pues quien no se ha hecho fuerte bajo el peso de las cadenas, ¿acaso no morirá en la primera página? Los péndulos en la Tierra necesitan un empuje constante para mantener su compás. La rutina no es inercia, sino acción en estado permanente.

112. Carne

Soy incapaz de matar una mosca pero no de comerme una vaca entera. Tal contradicción es posible cuando los bramidos no traspasan las paredes del matadero.

113. El pecado carnal

El verdadero pecado carnal es el del que tira la carne a la basura. Lo que más me horroriza del sacrificio es que no se coma luego al sacrificado. Entrar en un estómago hambriento es el último consuelo de un alma estertórea. Morir para algo: tal es la mentira que evita la indigestión. La cadena trófica como redención del alma por la mandíbula.

114. La Nada Activa

Si la materia no es más que una perturbación del vacío, la filosofía que quiera ahondar en el universo debe eliminar todo sujeto, objeto y nombre de su diccionario. Según esto, Dios no existe: actúa. Una Nada Activa, una inutilidad dinámica que pone al mundo en movimiento sin ningún propósito. El escéptico que ante tal futilidad ya no piensa más que en el suicidio debería más bien condenar al lenguaje. Un dios antiguo, en tanto que sujeto, podía

tener un para qué, pero ¿qué clase de objetivo se sustenta sin objeto? Ya no cabe hablar de la deidad más que como predicado supremo. La creación como un espasmo de la nada. La inanidad como expresión de lo divino.

115. El recuerdo del recuerdo

¿Hasta cuándo la evocación es capaz de reavivar un sentimiento vivido? En ese instante dicho recuerdo prescribe y se archiva como recuerdo de un recuerdo. Sin embargo la semántica no distingue semejante pérdida. ¿Será porque en ella todo son ya espectros caducados?

116. Soledad

El sentido del humor de alguien acaba donde empiezan sus creencias. Ahí también acaba mi amistad con él, y por eso soy sociable en tanto que relajo mi escepticismo por un tiempo. Pero entonces siempre queda una parcela, la más profunda, que se consuela leyendo a los grandes, con quienes no cabe más que una amistad unilateral.

117. La moral del escéptico

Podría comprender al que se complace repartiendo dolor si antes se hubiera despojado de toda creencia positiva. Semejante torturador no tendría motivos para herirse menos que al resto y, despojado de la fe en su yo, acabaría atrapado en la convergencia de su espiral. Tal persona me inspiraría terror y fascinación por igual. Ahora bien, el que se deleita en el sufrimiento que nunca es propio, el que bromea despellejando una foca y luego se arrodilla acongojado ante el altar más ridículo...ese es capaz de llenar de indignación al incrédulo más impasible. Los dioses hay que irlos destruyendo *por orden*, y negar la vida, incluida la propia, es el último de ellos. Tal es la moral del escéptico, el pudor del nihilista.

118. Todavía falta

La idea del Juicio Final es doblemente prejuiciosa y tampoco carece de perjuicio. Su carácter puntual demora la acción indefinidamente. Además, la naturaleza divina de semejante pleito impide imaginar que haya otra víctima de nuestros actos que no sea el mismo Dios. Después de todo, nadie estudia para un examen del cual no se tiene fecha, y menos todavía si solo nuestros padres tienen ilusión en que lo aprobemos. Pero ¿qué pasaría si estuviésemos sometidos a una evaluación continua? ¿Y si además el único perjuicio posible recayera sobre nosotros? Cuando decimos, por ejemplo, que hay que cuidar

a la Tierra, no parecemos percatarnos del carácter presente y egoísta que tiene tal mensaje. Contra la fulminante sentencia crepuscular, propongo la reversible autocrítica ininterrumpida.

119. Vida y biografía

Crecer como hombre. Renunciar a la biografía. Vivir. Dejar de escribir
...

120. El valor del progreso

El valor del progreso no debería medirse por lo lejos que este llega sino por la jerarquía con la que crecen sus ramas. Sin embargo, hay tantas estupideces asombrosamente sofisticadas y tantas lagunas esenciales. . . El Árbol del Conocimiento ya no es más que una larguísima yedra. Una lánguida enredadera que trepa por el tiempo y que en su florecimiento tardío engendra al hombre moderno, su fruto unidimensional.

121. La vida como espasmo

El espasmo no sucede en el tiempo: *lo funda*. La finitud de la convulsión abre la brecha temporal, y la periodicidad de sus temblores permite medirla. Así, el ser vivo no persiste en el tiempo, sino que se obstina en el espasmo. ¡Qué gran tontería interpretar la vida como una perseveración en el ser! Para durar ya están las piedras, los planetas y los átomos, con excelentes resultados. Cualquier tratado de mecánica demuestra que permanecer no requiere un gasto de energía. Para ello no sería necesario tanto despilfarro, tanta violencia, tanta muerte. . . La vida como derroche, como un orgasmo cuya cadencia instituye cada segundo.

122. Música para. . .

Música la poesía, para el cine, para bailar. Música de fondo. . . Incluso la música sacra no es más que una profanación. ¿Cómo apreciar ante tanta prostitución lo mejor de ella: su esencial inutilidad, su falta total de contenido?

123. Yo, nosotros

El coro de mi asamblea nunca canta al unísono. A menudo, ni siquiera existe una armonía entre sus voces. Las hay de derechas y de izquierdas, de tragedias y de comedias. Las hay que gritan y las hay que callan. Todas se

manifiestan en un yo que es poco más que la sala de sus eternas discusiones. ¿Cómo podrían, entonces, sincronizarse no solo entre ellas sino entre las de todos sus paisanos? Es imposible concebir la identidad colectiva para el que padece colectividad individual.

124. El insulto para el hombre

Ni burro ni cerdo ni buitre ni gusano: hombre. Ese y no otro es el peor adjetivo para el hombre.

125. Estructura

Lo peor en la pereza no es la falta de voluntad sino la carencia de estructura. ¿Qué sería si no del músculo sin un hueso que lo aguantara y le proporcionara dirección a su impulso? La voluntad señala un camino pero ¿acaso podría sostenerlo? La disciplina como esqueleto de la libertad.

126. Al final

-¿A qué viene representar otra vez esa tragedia? Todos saben ya cómo acaba.-¿A qué viene que sigas viviendo, entonces? También todos sabemos cómo acabarás.

127. La moral en la disciplina

El disciplinado, que más bien debiera decir disciplinante, reniega de parte de sí mismo, lucha en contra de una parcela de su propia naturaleza. ¿No practica una moral solo por eso? La diferencia es que, al renegar de lo verdaderamente peor, su moral es verdaderamente moral. . .

128. Talento

Primero están los que no ponen cadenas a su talento y no consiguen más que un arte browniano. Luego están los artistas aceptables, que se dejan influir por otros y en tales pilares apoyan su calidad. Finalmente, los genios, los que se calcan, los que queriendo ser exactamente otros acaban siendo ellos.

129. Descolocado

Cada sábado coloco al muñeco articulado de mi escritorio en una posición de carrera, atlético y bien equilibrado. Al día siguiente ya me lo encuentro

con la cadera desencajada. Alguien lo mueve accidentalmente para coger un libro. O simplemente, para que sus piernas y brazos no ocupen tanto espacio, le impone una verticalidad desencajada. A lo largo de la semana va cediendo ante su gravedad fantasma y anisotrópica, hasta que el viernes me doy cuenta de que no tiene ni una articulación en su sitio. Me limito a recolocararlo hasta que queda en pie con una cierta dignidad. El sábado, lo veo allí, de nuevo incómodo y contorsionista. Entonces enfurezco y lo pongo a correr. Un día pensé en comentar los hechos en casa para que no lo tocaran, pero finalmente decidí averiguar quién me hace a mí lo mismo.

130. Eucaliptus

La ciencia se asentó por primera vez en mi alma, como un bosque de eucaliptus en suelo extranjero. Crecieron altos y fuertes y no vi nada malo en ello. Más tarde, sembré un olivo y no creció. Probé con otros tipos de árbol, mas ya solamente crecían eucaliptus. Entonces cavé un hoyo y cogí tierra entre mis manos. Sin darme apenas cuenta, mi corazón se había secado.

131. Troncos y ramas

A veces sueño en erigirme majestuoso como un tronco. Otras, me pierdo en la recursiva bifurcación de las ramas, deleitándome en sutilezas cada vez más livianas. A menudo, un tronco se me antoja brusco y tosco. Y no con menos frecuencia, la fragilidad de las ramas se me hace demasiado patente, exageradamente enferma. Al igual que la savia, la sabiduría recorre todos esos caminos y vuelve indefinidamente sobre ellos.

132. La embriaguez perpetua

Una embriaguez perpetua requiere también un estímulo constante. Ningún impulso, por grande que sea, te hace volar indefinidamente. En este sentido, uno no tiene sueños de futuro sino fiebres fugaces. No deseamos con vuelo de pájaro, sino con parábolas de saltamonte.

133. La vida desenfocada

Si pudiera expresar bien el mal que quiero anunciar aquí, demostraría no padecerlo, y si así fuera, ¿cómo lo podría entender? Vivir desenfocado no es más que una patología del alma, una avanzada miopía espiritual. Una voluntad luminosa con unos contornos difuminados que, al no concretarse en acción, van enmoheciendo poco a poco, dirigiendo un verdoso hedor hacia el centro de su nuevo huésped. El placer y el dolor se disuelven en apatía e

indolencia. El deseo ya solo se busca a sí mismo, sin aceptar su ocaso prematuro. En su rumbo errático, encuentra de vez en cuando la focal, perdiéndola al instante y dejándola atrás mientras contempla, lánguido y mustio, cómo su ya viejo destello se desvanece sin haber apenas ascendido.

134. El gran Kong

Desde las vertiginosas alturas del Empire State, el gran Kong contemplaba el atardecer como lo hacía desde lo alto de su isla. Era el mismo sol. El mismo cielo, que ya no volvería a ver. Lo demás, aunque diferente, quedaba demasiado abajo... Sin embargo, una alma diminuta puede torcer el destino de un gigante. Y así, sin estar a la altura, Fay Wray fue ascendida hasta la última planta. ¿Para qué tantas molestias por una rubia mocosa?, podría uno pensar. ¿No es una lástima que tan respetable monarca se deje deslumbrar por una melena? ¿Por qué? ¿Acaso su cerebro primitivo le impidió trazar un plan mejor? Ay... ¿no será que ser fiel a uno mismo no supone tanto permanecer indefinidamente igual como saber seguirse, por cambiante que uno sea? Ese, quizá, fue el verdadero peligro, contra el que ametrallaban los aviones, el que provocaba los gritos de Fay Wray y que desencadenaba el pánico de New York. ¿Pues qué clase de ejemplo estaba dando el gorila al cambiar su maravilloso reino por un capricho de la voluntad, que podía ser pasajero, y que sobre todo podía suponer su perdición? No fueron los aeroplanos. Tampoco el amor. Dispensado de una especie que perpetuar, King Kong murió por un ejercicio de libertad descomunal.

135. Probabilidad futura y pretérita

Toda probabilidad, al hacerse pasada, colapsa a uno siempre y cuando se pueda recordar el resultado del suceso. De lo contrario, la probabilidad descolapsa y el pasado incierto pasa a confundirse con el futuro. Es por eso que la interpretación probabilística de los sucesos cuánticos, desprovista del concepto de olvido, no es más que una falacia. Una falacia útil que debe llevarnos a olvidar algún día la arrogancia con la que hoy se predica.

136. Perdonarse

Ay del que con mucha facilidad se perdona, porque semejante impostor no merece ya ninguna culpa.

137. La realidad como axioma

Si se toma la realidad como punto de partida, se acaba obteniendo la mitad de esta. De la misma forma que un caldo necesita un exceso inicial de agua, también dicho axioma requiere una porción de fantasía. La locura como ingrediente para una realidad más rica.

138. Copiar

La parálisis ante la página en blanco, la constatación de una fecundidad nula, nos impone el primer peldaño en el escalafón de la humildad. Pero es la tarea de copiar la que, en su dificultad práctica, conduce esta virtud hasta lo más alto. El plagio, lejos de corromper al original, calibra su verdadero valor al doblar la cerviz de quien lo intenta ejecutar.

139. Humano y animal

Una de las herramientas preferidas del filósofo es la diferenciación entre lo humano y lo animal. Creyendo ganar conocimiento sobre él mismo, recurre una y otra vez a su escisión del mundo de las bestias, y así, a raíz de cortar sus propias raíces, pretende llegar a su verdadera esencia. No obstante, semejante etnocentrista aprendería mucho más al reconocerse en otras criaturas que fingiendo separarse radicalmente de ellas, pues siendo el número de afinidades infinitamente mayor que el de las diferencias, se haría demasiado pequeño el dominio de lo que puede ser llamado humano. Y siendo este adjetivo una referencia *esencial* a nuestra especie, debe dejar de aplicarse exclusivamente a esta. La discontinuidad divina entre el subnormal y el chimpancé es algo intolerable que coloca al erudito que la plantea exactamente en ese umbral de inteligencia. Todavía está por llegar el que descubra la raíz del dolor. Tal persona, dependiendo de lo que averiguara, sería el primero con derecho a establecer los límites de lo humano.

140. El arte alternativo

¿Se puede creer aún en un valor absoluto en las artes? ¿Existe una objetividad que determine que esta obra es maestra y aquella otra un bodrio? Hace mucho tiempo, podría contestarse afirmativamente sin demasiado reparo. Y quizá en el futuro también, pero solo en la medida en que lo alternativo se hastíe de sí mismo. Hoy, la calidad parece buscarse en lo extremo, lo rompedor, cualidades que todavía estimulan solo porque aún quedan cosas que romper... No obstante, la creación excéntrica ya va perdiendo su centro de gravedad y empieza a volverse *pesada*. La democracia y su consecuente hipocresía nunca debieron meterse en los teatros ni en los museos, porque

ahora, ¿quién expulsará de ellos toda la basura que los ocupa? Si fueran estómagos, ya haría tiempo que lo habrían vomitado todo. Lo alternativo, colesterol de la vena artística, impide que la sangre alcance el corazón. ¿Será el tiempo ya capaz de un desatascos? ¿Sobrevivirán las pocas obras que sí merecen permanecer? ¿O morirán las artes por una embolia de la belleza?

141. La voluntad de derroche

¿Qué distingue a un organismo vivo del resto de la materia? ¿Hay algo especial en aquel a pesar de estar formado exclusivamente de esta? Friedrich W. Nietzsche estuvo muy cerca de dar con la respuesta, y de vivir hoy no la hubiera pasado por alto. Su voluntad de poder, a la que no atribuía ninguna voluntariedad, es la visión más profunda que el hombre ha formulado sobre el pulso latente en la materia viva. A su lado, el instinto de supervivencia de Darwin empalidece de inocencia. El inconsciente de Freud, queda adelante en el tiempo solamente. Y la biología afirma que es pronto para enunciar una definición apropiada para la vida. *Der Wille zur Macht*, aun cubierta de polvo, es la mejor aproximación que tenemos, y sin embargo marca una inclinación que no parece derivarse de la materia ordinaria ni de los principios físicos. Por lo tanto, representa todavía un *sentido* para la vida. Yo propongo sustituir el poder por el término *energía*. En un estado prebiótico, debieron juntarse unos átomos que fueron capaces de *gastarla* a partir de otra colección molecular, es decir transformarla en un movimiento dinámico, en una fuerza aplicada dentro de un mundo denso en el que no hay lugar para la inercia. Así pues, consumida y disipada la primera moneda, no había motivo para dejar de gastar otras. Encuentro, espasmo, disipación. Tal es el ciclo sobre el que la flecha se retuerce a sí misma. No es que no haya una finalidad, sino que esta se cumple en cada organismo millones de veces cada fracción de segundo. La vida en su origen es una actividad pasiva, una pasión que funda al agente, un orgasmo en *obstinato*. Y cada convulsión es lo que le confiere poder a la nueva criatura. Poder para moverse, para no moverse, para avanzar o retroceder. . . Poder para explorar todas las posibilidades, para ir en todas las direcciones, a pesar de que solo acaben perseverando algunas. Nosotros, descendientes de alguno de aquellos individuos, no debemos olvidar que los demás también estuvieron vivos, y que ninguno tuvo más que un destino de derroche, a pesar de que uno lo usara para reproducirse y finalmente quedarse. Solo. Intentando dar un sentido a su soledad. Ignorando que esa soledad es precisamente el rastro de su sentido. . .

142. Prestar el alma

El actor, al interpretar, presta reversiblemente su alma. Pero al igual que sucede con otros objetos de valor, puede que un día ya no se la devuelvan.

Entonces, cuerpo y voz extraviados, en lugar de buscarla se inclinan por zurcirse otra. Con retazos de libros, escuelas y otros orfanatos... A modo de Stanislavski al revés, sale a la calle *sur les Demi-pointes*, para pedir el pan usando una frase de Strindberg y dos de Lope de Vega que creía olvidadas. Capaz de todos los personajes, desde el texto sin indicaciones hasta la improvisación acotada. Menos de uno. De aquel que no se aplaude y que aunque siempre tenga final, a veces no queda público para entonces. ¿«Quién se la quedaría»? - piensa súbitamente una tarde, mientras relea Fausto. ¿«Y cuánto pagará de alquiler»?

143. Animales filosóficos

Entre Nietzsche y Hegel había la misma diferencia que entre un águila y un buey. Uno, pensador de las alturas. El otro, filósofo *de tiro*. El de Leipzig, depredador de verdades. El de Stuttgart, folívoro de la razón. Y vio Dios que esto estaba bien. Hubo mañana y tarde.

144. Hacia una teología final

Mientras que los creyentes han adorado siempre al creador del mundo, los físicos han preferido dirigir sus homenajes a los que han descubierto algún aspecto importante de este. Si algún día se llega a una teoría final, ¿se arrodillarán ante el primero que escriba la ecuación o finalmente se postrarán ante la Ley misma? ¿Acaso no es insignificante Cristóbal Colón al lado de América? ¿Qué será entonces Einstein en relación al Universo? Hasta ahora, con castigadores de malvados o demostradores de teoremas, hemos imaginado a unos dioses de pacotilla. Quizá no sea desdeñable tampoco soñar con una *teología final*.

145. La genialidad

Si en 1807, divagando al piano, hubiera tocado accidentalmente la maravillosa entrada de la quinta sinfonía de L.V. Beethoven, ¿lo consideraría una ocurrencia estúpida? ¿me convertiría en genio? ¿Y si el colosal compositor alemán también hubiera dado con aquellas notas de manera fortuita? Al fin y al cabo, no hay más que doce... ¿Se reduciría un solo ápice la gigantesca distancia que me separa de él? Entonces, ¿dónde está verdaderamente la genialidad? ¿Acaso en el contrapunto? ¿No tienen hoy miles de personas tanto o más conocimiento sobre instrumentación que él, siendo todos de talla infinitamente inferior? Entre un motivo ridículamente simple y una orquestación asombrosamente compleja, el genio se coge de las manos del azar y la técnica para un alumbramiento más radiante que mil portales de

Belén. En *Allegro con brio*, así es como el destino nunca llamará a nuestra puerta.

146. Probabilidad

La cuántica nos enseña que es más fundamental hablar de la probabilidad de posición de una partícula que simplemente de su ubicación espacial como una propiedad inequívoca de esta. Sin embargo, el concepto de probabilidad de posición se deriva precisamente de la noción de posición. ¿Es la incertidumbre en nuestra antigua definición lo más preciso que puede decirse de esta? Sin duda, en el mundo de los quantum, hay gato encerrado. . . Por muy avanzada que sea la teoría, el hombre en tanto que observador sigue siendo clásico, y al tropezar con sus propias fronteras, intenta conquistar nuevos mundos con herramientas viejas. La mecánica cuántica sugiere el nacimiento de una nueva epistemología. Una con la que alguien pueda entenderla. . . de verdad.

147. La extinción como descanso

¿Qué es lo que más desea un jugador que ya no puede aspirar a la victoria? No hay duda sobre ello: que se acabe el tiempo. De la misma forma, no hay ningún peligro en una especie a punto de extinguirse: tan solo una impaciencia por consumir el alivio definitivo. Apearse de una chifladura sin destino y en la que tampoco se disfruta del viaje. Es la única opción digna que le queda a cualquier ser vivo sin la capacidad de suicidarse. Extinguirse. Descansar por fin. Y dejar a los locos con su locura. Ser el último ejemplar, permanecer a la espera. Sin renunciar a la vida, renegar ya de su perpetuación. Inspirando por última vez, mirar al verdugo. Suplicarle que ya nunca lo despierte. Y expirar. . .

148. Misterios del Rosario

Si la vía del Rosario representa una esperanza para el creyente, ¿por qué es, entonces, cíclica? A partir del tercer misterio ya se toma el camino de vuelta a la cruz. Cada cuenta es ya una cuenta atrás. . . ¿No será que tras la nuca se oculta precisamente el verdadero misterio, aquel que la fe guarda más celosamente y que por eso coloca fuera del alcance de la vista? Cuando ya no quedan más cuentas que recorrer, la Santa Ristra todavía tiene una utilidad: puede uno ahorcarse con ella.

149. Animalidad

Mientras el hombre como individuo se desliga, presuntamente, de su animalidad, la humanidad en tanto que especie la exagera de una forma cada vez más desmesurada. Cada persona, en principio, renuncia a la violencia en favor del estado, refina su impulso sexual a través de un supuesto amor, abdica de la inmundicia en pos de la higiene, . . . Sin embargo, nadie en la tierra mata y tortura más que esos estados, y tampoco ninguna especie se multiplica tanto ni genera semejantes aludes de basura. Según esto, me pregunto qué clase de humanidad resultaría si fuéramos un poco más salvajes. . .

150. Basura

Desde que reciclo me he acostumbrado a remover en mi propia basura. Eso me ha hecho más humano.

151. La nada inane

Nada e inanidad: extinción del sujeto, parálisis del predicado. Ambas son nulidades parciales, pues todavía en ellas es posible la acción o la existencia. El ser perezoso, la nada activa. . . ¡qué lejos queda aún la nada inane! ¡La aniquilación desde toda la gramática!

152. Fidelidad

Dices que eres fiel a tu pareja. Eso está muy bien. Hay tipos de ave que también parecen comportarse así. Pero. . . ¿te traicionas a ti mismo por serlo? ¿Te has preguntado alguna vez cuánta fidelidad te profesas?

153. La ley vectorial del más fuerte

Toda fuerza tiene, además de una intensidad, una dirección y un sentido. Solo las almas toscas, las que únicamente son capaces de un tipo de esfuerzo, proyectan la realidad sobre una sola dimensión. Ciertamente es que una determinación enérgica es difícil de frenar, pero ¿acaso no basta un empujoncito transversal para desviarlo de su objetivo? El carácter vectorial de la fuerza explica por qué los espíritus sutiles han dominado a lo largo de la historia.

154. Siesta

Tirarse en la hierba boca arriba, y dejar que la Tierra gire por ti. Dejarse mecer por el sol. Embriagarse en los matices del azul y del silencio. Y

abandonarse...

155. Génesis del lenguaje.

Esto es. Puede que se trate de la primera frase jamás construida, de las que todas las demás son descendientes. El Adán y la Eva de la lengua. En tercera persona, que seguramente llegó antes que la primera. Pero al igual que en el génesis bíblico, lo interesante viene antes. ¿Cómo se produjo esa primera cópula? ¿Acaso existe una teoría de la evolución para el lenguaje? ¿Fueron los primates los responsables de esa unión primordial? No hace falta decir que es necesario mucho más que un Darwin para revelar este enigma. Hasta ahora hemos atribuido a la gramática un origen abrupto y divino, una luz que desde entonces nos da acceso al conocimiento. Por esta razón es interesante apuntar nuestra mirada hacia aquella oscuridad previa. Intentar salir de la puerta de la realidad, esa que se cerró a nuestras espaldas nada más entrar. ¿Habrá un pasillo oscuro? ¿Tendrá otras puertas? ¿Cómo nos moveríamos allí, sin lenguaje y sin razón? ¿Acaso no debería ser un niño el que recorriera ese camino por primera vez?

156. El buen malo

¿Qué debe tener un malo para serlo de verdad ante el público de hoy? ¿Qué atributos requiere para asustar en vez de ser objeto de burla? ¿Acaso no es bien sabido cómo ha caído el nivel de inocencia del espectador? El terror clásico ya es poco más que una ingenua comedia. Un buen malo ya no debería estimular los miedos o el odio del espectador, sino secuestrar sus más arraigadas creencias. Y una vez que tuviera a aquel sin la protección de estas, ponerle un espejo delante y dejar que se asustara de sí mismo. Semejante perverso sería el más amoral e inmisericorde de cuantos ha habido, pues ni siquiera su funesto final haría posible ya un feliz desenlace. Quizás algún día podamos llegar a verlo, pero a la salida deberán repartir pastillas para olvidarlo todo de inmediato.

157. Improvisación

Hay una falsa creencia sobre la improvisación artística que consiste en considerar a esta como un proceso aleatorio que de forma milagrosa consigue parecer una obra meticulosamente preconcebida. No obstante, esta disciplina no debería entenderse más como un encadenamiento azaroso sino como la expresión llena de intención de un lenguaje propio. ¿Qué clase de texto sería una sucesión estocástica de letras? Ni siquiera una relación de palabras descorrelacionadas tendría mucho sentido. El improvisador no sabe exactamente qué es lo que va a decir a continuación. Tampoco cómo lo va a

decir, pero sí *sabe hablar* y por tanto es capaz de expresar algo, de orbitar alrededor de ideas y motivos que le permiten tejer un discurso que, al igual que un fractal, es caótico y lleno de estructura al mismo tiempo.

158. Madurez infantil

Quien reniega de lo infantil no revela su madurez sino que en él tal cosa ya no es posible. Los niños vienen al mundo con ganas de jugar, pasión por aprender y con una fascinante capacidad de asombro. Perder todo eso e interpretarlo como una ganancia demuestra, como pasa con la virginidad, que solemos leer las transacciones al revés. . . No se puede acusar a la fantasía de no ser real, pues ello la obligaría a traicionar su propia esencia. Los dibujos animados no le interesan al que tiene un espíritu gris e inerte. Al igual que en una fruta, la madurez debe ser la culminación de un crecimiento, la máxima expresión de una naturaleza ascendente y no la caída prematura de un ejemplar que, estando verde todavía, abdica de la savia y la juventud antes de su muerte.

159. La fundamental

Un acorde puede descomponerse en varias notas individuales, e incluso clasificarse a partir de la relación que guardan entre ellas. Cada nota, a su vez, no adquiere su timbre sin el ramo de armónicos que despliega al propagarse por el aire. Sin embargo ¿podría la teoría acústica, desde su conocimiento fundamental de todos esos fenómenos, predecir una sola partitura? Hasta ahora el intelecto ha sido poco más que una empresa de derribos, una curiosidad de esas que abren, desmontan todas las piezas y finalmente se ven incapaces de volverlas a poner todas en su lugar. Es hora de que la razón dé media vuelta, aprenda armonía y descubra todas las posibilidades sobre las que descansa la fundamental.

160. Culminación

¿Cómo puede ser que tantas células, cada una de ellas trabajando sin cesar con una precisión y tenacidad admirables, se unan en perfecta organización social a un nivel de complejidad extremo para acabar formando. . . ¡a un vago!?

161. Decidiendo

En un camino tenía la oportunidad de atajar saltando hacia una roca. De lo contrario debía dar una larga revuelta. El salto en cuestión no era difícil,

pero aquella roca no tenía pinta de garantizar una firme sujeción al suelo. Entonces opté por dar el rodeo, y al pasar junto a la roca quise comprobar si esta me hubiera traicionado. Vi que estaba aferrada a la tierra como si tuviera raíces hundidas en el mismo infierno. Había tomado la decisión correcta y al mismo tiempo me había equivocado. De haber saltado, ahora estaría ya muy cerca de mi destino, pensé. Y aunque en caso contrario me hubiera roto una pierna, ese pensamiento no me consolaba. Continué por el sendero, el de los que quieren llegar, intentando convencerme de que no tenía prisa, tratando de explicarme racionalmente por qué los mejores caminos no están reservados a los prudentes, sino a quien lleva la irracionalidad como mascarón de proa.

162. Aerodinámica espiritual

Cada persona, según los caballos que tenga su voluntad, tiene un ángulo de ataque óptimo para el ascenso y otro máximo, a partir del cual el alma entra en pérdida. En esos casos, el orgullo intenta forzar la subida, empeorando así las cosas todavía más. Cualquier experto en alturas sabe que lo correcto es dejarse caer, perder altitud y ganar rapidez. Solo entonces, con una renovada sustentación y un conocimiento más preciso de sí mismo, debe el espíritu volver a mirar hacia arriba.

163. El arte humano

Al elogiar una obra de arte, se suele recurrir al calificativo *humano* con preocupante frecuencia. Esta historia es muy humana, trata de problemas muy humanos, está hecha desde un punto de vista muy humano... Y digo yo, ¿qué clase de creación podría escapar a semejante atributo? ¿No sería mucho más interesante solo por ello? Inocentemente, pensaba que el arte intentaba situarse por encima de la humanidad, no regocijarse en ella.

164. Caminar recto

Un día el hombre y la mujer se erguieron para alcanzar la fruta del Árbol de la Vida y Dios no vio nada malo en ello. Tras comérsela siguió el primate insolente sobre sus dos patas traseras, alzando su mirada más allá de la Tierra y agitando los brazos para despegarse de ella. El Creador no pudo sino suspirar de nostalgia cuando su obra se miró las manos y vio que estas padecían un gran hastío. Al cabo del tiempo la mujer tuvo su primer parto doloroso. Se tumbó para el alumbramiento, pero era demasiado tarde y entendió que ya siempre debería cargar con él. El hombre, aún inocente, anduvo ocupado en darle un sentido a unos miembros que, a pesar de construir armas, derribar bosques, moldear vasijas y pintar cuevas, se

hacían cada vez más débiles. Quiso una vez conocer hasta dónde llegaba el poder de unas extremidades aburridas. Cogió una lanza y la dirigió hacia sí mismo. Se preguntó qué pasaría si se la hincara en las entrañas. Entonces se hizo de noche. Al amanecer, el hombre se levantó de nuevo y prosiguió su camino con una gran pesadumbre, tratando de mantener una lastimosa verticalidad.

165. Septiembre

Septiembre es el atardecer del año. En él el sol entibia sin quemar, y aunque sus días se acortan, todavía permanecen espléndidamente largos. Imagen especular del marzo sureño, es el mes de la uva dorada, la policromía de las flores aster, el de las playas deshabitadas y las cálidas aguas. No obstante, con toda probabilidad representa la página más odiada del calendario. Millones de personas ven en él el final de sus vacaciones y el inicio de un nuevo e interminable curso. Al igual que sucede con el crepúsculo, su belleza es raramente observada, pero tan generosa que regala sus frutos más dulces al que se detiene ante él. Ciertamente es que nunca podría competir con el oro victorioso de agosto, pero bajo la bendición de los Arcángeles, los días de septiembre lucen con magnificencia su manto bronceado, el color del metal de la felicidad.

166. La fragilidad de la música

Quien escucha un disco perfectamente acabado puede llevarse una engañosa sensación de solidez. El que escucha la misma partitura en directo ya puede apreciar una cierta posibilidad de error, y sobre todo el que la interpreta sabe que en cualquier momento toda la atmósfera puede venirse abajo. Ciertamente es que la composición puede ser de una robustez arrolladora, de una perfección cristalina y hasta hay obras de cohesión tan divina que se vuelven paradigma de la propia divinidad. Pero al ejecutarse, la música padece una fragilidad tan extrema que hasta la sinfonía más eterna se vuelve perecedera. En el auditorio, el concierto toma su aspecto más circunscrito. Desfilan sin red de seguridad por un estrecho pentagrama colocado a una altura celestial...

167. Cagarrutas genéticas

Para tejer una cadena de ARN se lee otra cadena ya existente, a la vez que se usan cuatro nucleótidos cargados de energía, a saber, ATP, UTP, GTP y CTP. Estos, ya gastados, son al mismo tiempo los constituyentes de la nueva cadena. ¿Acaso se gasta su energía *para* crear dicha copia? No. La máquina que realiza toda esa tarea se dedica exclusivamente a gastar y

moverse. Que luego la caravana de cadáveres que deja atrás acabe teniendo alguna información no es su problema. De esta forma, todos nuestros genes son poco más que una conga de cagarrutas. Un rosario de residuos, uno de tantos que se debieron producir, pero en cualquier caso uno que *escribió testamento*. . . Dejemos de buscar el sentido de la vida en nuestro presente o futuro. Es el estado prebiótico, el del primer ganchillo genético, el verdadero libro del Génesis, todavía por escribir. ¿Os parece este un sentido sin sentido? ¿Os parece una deshonra ser la expresión de una colosal ristra de boñigas? ¿O más bien debiéramos decir, siendo estrictos, que todo excremento dibuja una estela para la vida?

168. El círculo del lenguaje

Solo es lo que dura. Solo dura lo que es. Tal es el ciclo que se activa al recibir un estímulo y que funda, simultánea e inseparablemente, el sujeto y el predicado, el espacio y el tiempo. En su retroalimentación ortogonal se origina lo que entendemos por realidad. El vacío como expresión de una neurona tullida y aislada. La eternidad como excitación sin consumo. . .

169. Integración de la realidad

Si todo fuera igual, nadie igualaría nada. Si todo fuese completamente distinto, nadie establecería diferencias. El cerebro no capta solamente gradientes sino también las variaciones de dichos gradientes. Luego, para construir una realidad absoluta, hay que integrar una vez los primeros y dos veces las segundas, pero este es un proceso imposible de completar sin dos hipótesis adicionales. Por una parte, es necesaria una referencia universal que fije inequívocamente el valor de cada cosa. Por la otra, no es menos imprescindible elegir un signo para la integración. La primera hipótesis puede tener a Dios en el infinito, a la Nada en el cero. . . es decir, obliga a cada individuo a posicionar su escala de valores en función de alguna creencia. La segunda, origen de la dualidad ying-yang, permite a toda valoración su lectura especularmente inversa. Los sentidos, en consecuencia, dejan a la realidad con dos indeterminaciones que si bien detienen de inmediato al análisis diferencial, no parecen haber frenado al hombre en toda su historia.

170. La secta de lo humano

Nadie que pertenezca a una secta llamará a su comunidad por ese nombre. Así pues, si la humanidad entera fuera una, ¿quién sería capaz de tildarla de forma semejante? De todas formas, puede uno irse de ella *cuando quiera*. . .

171. La muerte como prestigio

A menudo en los entierros pienso que si el muerto, sin que ello implicara una resurrección, se levantara y nos diera un discurso, nadie escucharía sus palabras. Algunos, al oír las memeces que seguramente diría, se enfadarían por ver que el difunto no está a la altura de las circunstancias. . . Pero el que estira la pata ya nunca más puede meterla, lo cual le confiere un prestigio que muchos han sabido aprovechar. Jesucristo consiguió con su crucifixión una audiencia que todavía le dura, y sabe por su bien que no debe regresar. Artistas que mueren jóvenes consiguen una difusión de su obra que de otra forma les sería difícil. La muerte, sin duda la firma más prestigiosa, te cierra la boca y pasa a ser tu representante. Ella se encarga de llevar a cabo campañas publicitarias inigualables por otras empresas. Así, en el momento de morir, incluso con una mortaja poco estilosa, conseguimos ponernos *de moda* por unos días. Palmarla, en definitiva, es una forma de marketing póstumo, el reclamo de un producto caducado para el que la imagen es lo único que ya puede contar.

172. El laberinto de la cordura

¿Eres una persona solitaria? Imagínate entonces encerrado entre cuatro muros. ¿Aseguras, no obstante, tener amigos? Entonces tu prisión tiene algunos pasadizos hacia otros calabozos igualmente acotados. Ahora me dices que oyes cantar cada mañana a la mujer que ocupa la mazmorra contigua a la tuya, que estás enamorado de ella pero no hay pasadizo entre vosotros. A menudo os apoyáis en la misma pared. Menos de un metro os separa, pero. . . ¿cuál es el camino más corto entre vosotros? Podrías directamente saltar el muro, algo que sin duda tu agilidad te permite. Podrías incluso hacer un agujero, lo cual tu fuerza no te impide. Pero dices que te consideras una persona cuerda, así que deberás salir de tu aposento y realizar un largo viaje, recorriendo galerías y ganando acceso a otras, olvidando incluso dónde está la tuya, hasta que un día llegues casi por casualidad a la mazmorra vecina sin haber roto ni saltado uno solo de sus ladrillos. Ese es el camino de los que afirman no padecer locura. . .

173. Pensamiento mayoritario

La mayoría, solo por el hecho de serlo, nunca puede tener razón. ¿No bastaría esto para abolir la democracia o al menos la forma en la que la legitimamos?

174. La destilación de la filosofía

¿Cuál es el objetivo de todo artista verdadero? Crear algo lo más bello posible. ¿Y el del filósofo? Retorcerse y quejarse lo más bellamente posible. En otras palabras: explotar al máximo su propia enfermedad. De esta forma, a un pintor o músico, si resulta despreciable, se le puede meter en un alambique, destilar su obra, y bebérsela tranquilamente. Pero en el filósofo la obra y el autor hierven a la misma temperatura... Por eso la filosofía no se bebe, sino que se la come uno con indigestiones frecuentes. Y debido a su aroma de podredumbre, tampoco se sirve en museos, sino en cementerios y otros vertederos.

175. Puesta de sol

En la cima de una montaña nos sorprendió una puesta de sol magnífica. Vi que Urka, mi perra, no le prestaba ninguna atención e intenté alzarle la mirada. Pensé: «todos deberíamos ver esto al menos una vez antes de morir». Pero ella prefirió seguir olisqueando y jugando, dando alegremente la espalda al cielo de bronce. Estaba en ello cuando me giré y vi al sol desaparecer con presteza tras otra montaña. En ese momento, hubiera jurado que se reía de mí.

176. De barcos y rumbos

Un barco capaz de remar siempre en una dirección acabará llegando al puerto que las corrientes y el viento decidan. Allí desembarca la libertad. Otro navío que solo supiera remar hacia un destino acabaría en él necesariamente. Allí atraca la muerte. Conclusión: ambos puertos son el mismo.

177. Entre la locura y la cordura

Tanto el cuerdo tiene momentos de locura como el loco accesos de cordura. Es en ese punto intermedio donde ambos dan lo mejor de sí mismos.

178. Gradientes

El ojo está acostumbrado a guiarse por gradientes. De la misma forma, tampoco el espíritu goza tanto del poder absoluto que tiene como de su derivada.

179. Ver pasar

Por alguna razón me gustan las cosas que pasan, que quedan atrás. Me embriagan cuando van pasando deprisa, sin prisa, con ligereza, y sobre todo sin detenerse. Los postes de la luz desde el tren, los compases de un tempo que viaja, el sonido de las tijeras del barbero, el pasado prolífico que dejan las pequeñas obras... Lo importante no es tanto la velocidad como el que las cosas *caminen*, es decir, que tengan su swing particular. Por eso me gusta caminar, ir dejando cosas atrás, sin gravedad, fluyendo con el tiempo. Algunos ven al final pasar toda su vida en un instante. Yo prefiero pasar la vida viéndola pasar en cada instante.

180. Autocita

Como dije en cierta ocasión: «Una autocita es legítima en tanto que el autor ya no es el que era»...

181. Tercera edad

Los vampiros existen. Que a nadie le quepa la menor duda. Es más, no se trata de unos seres minoritarios y escondidos, sino que están por todas partes. Aunque no pueden volar ni disponen de poderes sobrehumanos, sí que tienen derecho a voto y no en pocos lugares son mayoría. No frecuentan bancos de sangre pero desangran al estado hasta llevarlo a la anemia. En contra de lo que se cree, comen ajo abundante para mejorar la circulación de una sangre robada, rezan a quien haga falta para vivir un día más y en un ataúd no se meten más que cuando no tienen otro remedio. Sus víctimas preferidas son los jóvenes, a quienes con sus palabras y colmillos postizos saben que pueden marchitar aunque a cambio no ganen un solo gramo de juventud. ¿Acaso existe un parásito peor? ¿Qué clase de especie es capaz de subyugar a sus propias crías de forma tan miserable? Y nosotros, ¿por qué dejamos expuesta la yugular tan fácilmente? Contra tanta hipocresía, propongo *estacas*...

182. Entender la vida

No se trata de entender qué es la vida justo antes de morir y consagrar todos tus años al estudio de semejante enigma. Lo que hay que hacer es llegar a entenderla mucho antes, en plena juventud, para entonces, siendo consciente de su absurdo, de su sentido circular, tras haber buceado en toda su profundidad, pasar a vivirla en toda su superficialidad.

183. El reloj disipativo

Tenemos la mala costumbre de imaginar el tiempo a través de un mecanismo conservativo, es decir, inerte. Un péndulo, un trozo de cuarzo, una onda electromagnética. . . Son fiables y precisos, desde luego, pero esconden la verdadera naturaleza de lo que miden. Mucho más profundo es el compás que Sísifo marca en el Averno, o si se prefiere, el que late bajo nuestro pecho. Ambos son relojes altamente disipativos, es decir, osciladores que requieren una renovación constante y que por ellos marcan unos segundos vivos, es decir, que no se mantienen por *inercia*. Pero por alguna razón sacamos al tiempo fuera de ese calor y lo congelamos, olvidando qué es lo que fluye cuando este pasa, obviando que cada segundo se funda con un derroche.

184. Pesadillas

¿Qué es una pesadilla? ¿Aquel sueño de cuyo final se alegra uno o todo lo contrario? Yo sería partidario de revisar el término. . .

185. Pedagogía musical

Me llevaron de la oreja hasta que tuve oído.

186. La vida y lo fundamental

La vida se sitúa en dos lugares dentro de la jerarquía de lo fundamental. En primer lugar, se colocaría como una materia que sufre unos efectos químicos y físicos por encima del nivel atómico y molecular. En otras palabras, estaría por encima de las teorías más básicas. No obstante, es la propia vida la que busca y crea dichas teorías, con lo cual no sería de extrañar encontrar resquicios de vida por debajo de la supuesta última ecuación. No será nada fácil llegar a explicar cómo funciona un organismo a partir de la mecánica cuántica, pero sin duda constituye un juego de niños en comparación con la profundidad que requerirá explicar el universo a partir de la mente.

187. La tiranía de las ideas

Cuando uno alumbró una idea debe procurar defenderla solamente por lo que es, nunca por la cantidad de sangre que ha requerido tenerla. Bien es cierto que es preciso mimarlas y darles lo mejor de ti mismo en un principio, pero pasado un pequeño tiempo ya deben espabilarse por sí solas: debe uno dejarlas *marchar*. De lo contrario se instalan en ti como hijos perpetuos, renunciando a la madurez, erigiéndose en tiranas de tus pensamientos. . . Por eso debes echarlas a tiempo o bien acabar con ellas.

188. Muerte y vida

¿Son la muerte y la vida conceptos duales que representan dos caras de una misma realidad, como el negro y el blanco o el bien y el mal? Hace poco escuché a un sabio decir de la muerte que «todo lo que hacemos, directa o indirectamente, está destinado a evitarla». ¿Es todo esto cierto? Claramente, no. El hombre que conoce la muerte es un ser considerablemente enfermo, pero al igual que el resto de los seres vivos, no destina sus actos a evitar la excursión irreversible, y quizás tampoco viva obsesionado con reproducirse. De lo contrario, parecería que un insecto que no sabe de su finitud temporal no se molestaría ni en comer. En cierta forma, no comemos *para* obtener energía, sino que obtenemos energía porque tenemos hambre y usamos las reservas que nos quedan para saciarla. Parece lo mismo, pero no lo es. El hambre, paradigma de la acción por la supervivencia, es una herramienta que surgió al azar en algún momento y que permitió articular la acción y el estado energético de un organismo. Los que no dispusieron de ella, simplemente se apagaron, mientras que los que la hemos heredado nos vemos impelidos a brillar incesantemente, es decir, a seguir consumiendo y actuando. Desde este punto de vista, la muerte y la vida no son dos antagonistas, dos reinos temporales yuxtapuestos, sino los conceptos más alejados y menos comparables que uno pueda imaginar. La vida, lo que hasta la bacteria más pequeña posee. La muerte, el temor psicológico de un simio enfermo. Aquella, un concepto simple y capital. Esta, una filigrana de enésimo orden, pura sofisticación. Es muy poco decir sobre la vida que se limite a ser lo que se opone a la muerte. ¿Qué más le da a ella semejante banalidad? La vida no se opone a la muerte: *se propone* a sí misma. Y no evita su final, sino que al igual que una estrella, lo busca lo más rápidamente posible. Lo que ocurrió es que aquellos destellos fugaces sin un "para" hace mucho que se extinguieron, y millones de años después solo quedamos los que hicimos del derroche y la precipitación un mecanismo para perpetuar la agonía de forma indefinida y estertórea. Eso es la vida: un suicidio recurrente, nunca una elusión a la dama negra. Y si acaso, un pulso arrogante y permanente, no una lucha mezquina y temblorosa. ¿Cómo podemos pensar que la vida no es más que una cobardía ante una de sus ficciones más tardías? Al final es cierto que nos llega la hora, pues nuestra maquinaria acaba desgastada de tanto trabajar, pero no hay que ver en semejante crepúsculo a la antítesis de la vida. Eso implica un reduccionismo absurdo a dos estados discretos: el estado vivo y el estado muerto. Y también conlleva la visión de que el acto de morir representa un salto cualitativo al que se le dota de grandes cantidades de religión. Si en cambio consideramos a la vida como un ciclo de muertes y resurrecciones sucesivas, pensaremos en que a lo largo del tiempo un organismo crece su capacidad de vida, pasa por un cénit y acaba descendiendo hasta ser incapaz de completar un ciclo más. No hay, pues, muerte y vida, de forma disjunta y absoluta, sino vidas y muertes microscópicas,

acciones y fricciones, que dan a todo un organismo más vida o menos vida. Así de sencillo.

189. El arte en la ciencia

Mucho antes de que Newton estableciera las leyes de la mecánica con bastante poca chispa y Kant expusiera las categorías de la razón de forma insípida, Bach era capaz de resaltar todos los matices y desarrollar hasta el infinito un motivo arrolladoramente simple. La ciencia y la filosofía, incapaces de expresar y desplegar una idea hasta elevarla a obra de arte, prefirieron excavar en minas cada vez más duras y profundas, obteniendo de la dificultad su criterio de excelencia. Deshecharon el arte de sus disciplinas, más por incapacidad o esterilidad expresiva que por condimento superfluo. Entonces se les frunció el ceño y se volvieron agrias, como aquellos que se niegan a bailar. Más tarde, debido a la rocosidad creciente de los científicos, se le acabó la credibilidad a la filosofía. Entonces vino Nietzsche y la puso a bailar, convirtiéndola por fin en arte, aunque todavía un arte menor. La ciencia en cambio, sigue manteniendo su rigidez, pero en ella el arte también es posible. Quizá suspira esperando que alguien le pida el próximo baile, para no verse obligada a meterse a monja, como tantos le sugieren...

190. Razón y sinrazón

A la sinrazón no le falta nada. A la razón en cambio... ¡casi todo!

191. Sordera

Hay personas con problemas de audición y hay personas sordas. Las primeras tienen una incapacidad parcial o total de detectar señales acústicas. Las segundas simplemente no escuchan, ni siquiera cuando *leen*. Como ya se remarca de forma insistente en la Biblia, solo escucha quien tiene oídos, y como todo lamento filosófico, este consigue únicamente deleitar a los que ya saben. Y es que, si digo que la gran mayoría no me escucha, nadie se sentirá aludido...

192. Llanto

Un día, mientras me ponía unas lágrimas artificiales, me entraron ganas de llorar. Entonces, entre sollozos, empecé a pensar que no podía saber con certeza si mi llanto era real. Estaba en esos pensamientos cuando mis ojos se quedaron secos de nuevo.

193. Particularidad universal

Cada individuo es irrepetible, pero paradójicamente el más insólito de ellos es aquel cuya transparencia deja alcanzar su fondo más común y universal. En otras palabras, una persona excepcional se distingue por la autenticidad con la que encarna lo que menos particular hay en ella.

194. El olvido de los malos

Lo malo de aquel que es malo no es tanto su maldad como lo bien que sabe olvidarla... Podemos perdonarle lo que hizo, podemos tener pereza en gastar energía para vengarnos, pero no podemos tolerar que su mente sea sana y olvide. Incluso la víctima más piadosa y abierta al perdón espera que al menos el culpable tenga la decencia de sentirse como tal durante toda su vida. Pero no nos engañemos. Si esperamos a que su autojuicio lo condene, toda la eternidad no nos será suficiente. Normalmente, el más miserable es el que menos miserable se siente, pues carece de la riqueza suficiente para siquiera plantearse su miseria. Por eso los buenos no nos tenemos que dejar engañar con patrañas que aseguran que la conciencia y el más allá acabarán impartiendo justicia. Debemos castigar en caliente o de lo contrario olvidar como ellos.

195. La necesidad de lo verdadero

Si digo que una planta se seca por falta de agua, se marchita por no tener tierra o se muere por no recibir luz, ¿podría concluir que esta no es verdadera? Semejante lógica se arraiga con fuerza en nuestra mente: aquello puro y verdadero es necesariamente inmortal. ¿Qué clase de amor, si no, es ese que se muere de hambre? ¿O qué tipo de alma se desinfla sin cuerpo? Nos encanta pensar así y denigrar luego la mayoría de las cosas por su mortalidad... Pero eso no exime a aquello que es divino de padecer necesidad. Al contrario: la necesidad es precisamente lo que debe constituir su alimento. Lo puro necesita necesitar..., y su condición de pureza se hace patente cuando esta es capaz de beber de su propia sed. Por eso no hay imagen más verdadera para el pueblo que la de un dios famélico atravesando el desierto, demostrando el camino a la gloria por la vía de la renuncia. La plenitud en cambio es algo indeseable, un síntoma que padecen las plantas y otros espíritus con fecha de caducidad. En definitiva, un estado de suerte efímera...

196. La opinión, el opio del pueblo

Si el rey Midas abdicara de su corona y se convirtiera a la democracia pasaría a transmutar en opinión todo lo que tocara. Tomaría a Zaratustra o al Dios de Spinoza y tan célebres páginas quedarían clasificadas como la opinión de sus autores, nada más. Esto los absolvería inmediatamente de todas sus blasfemias... Cualquier palabra sería una mera opinión y dado su valor igualitario ninguna quedaría por encima de otra. Vendría la mismísima Verdad y al tacto del monarca quedaría despojada de sus pertenencias. Y por descontado, no habría ya más guerras ni disputas, pues todas las partes escucharían y respetarían las opiniones de los demás. En semejante época nacería un niño que crecería con verdaderos problemas para poder saber cuál es su opinión. Pensaría en adoptar la de sus padres o sus amigos, pero todas le parecían igualmente válidas y respetables. Opinaría un día que los cuerpos deberían caer hacia arriba y todos se sorprenderían de que su opinión no fuera respetada. Luego se determinaría a opinar que no todas las opiniones deberían ser igualmente válidas. Todos intentarían respetarlo, pero al hacerlo no podrían saber cuáles eran más respetables que otras. Opinaron que la mejor opinión sería aquella que fuera opinada por más gente, tras opinar mayoritariamente que tal debía ser el criterio. Ese niño iría un día a ver a Midas, y al ver al niño poseer un corazón de oro le diría: «Brilla todo lo que quieras. Ciega si quieres a quien tengas a tu alrededor. Pero olvida tus sueños de alquimista. No puedes y no quieres que todos sepan cuál es la verdadera opinión. Ven. La tengo aquí escrita. Léela y luego márchate sin decírsela a nadie que no la sepa ya».

197. Lo bueno

-Y a ti, ¿qué es lo que te gusta? -Lo bueno. ¿Ha respondido alguien así alguna vez? Todo lo demás es sectarismo.

198. Ponerse

Llevar a cabo una gran obra es pan comido, si ya eres alguien capaz de ponerse a trabajar en ella cada día.

199. Doctorarse

Soy tan tonto que tuve que hacer un doctorado para asegurarme de lo que ya intuía desde el colegio. En primaria ya sabía lo primario. Luego me doctoré en estupidez.

200. El premio como argumento

Ser (premio) Nobel no es tanto el reconocimiento por un hallazgo notable como el *argumento* definitivo que justifica todas las estupideces que el premiado diga después. Por el contrario, ser novel, lejos de estar valorado como un estado de juventud mental en el que todavía brilla la poderosa inocencia, es un motivo de desoimiento y desprestigio. Entre ambas categorías, una ceremonia anual rinde homenaje a la hipocresía.

201. Dolor sin escrúpulos

El dolor es asombrosamente poco selectivo. Se mete dentro de cualquiera y de cualquier forma. En definitiva: le faltan escrúpulos por doquier. Es repugnante ver a un necio superarte en profundidad cada vez que le invade la pena. No importa el conocimiento o experiencia que uno tenga: para ser profundo hace falta sufrir. En cambio, para sufrir... ¡no es necesario nada! Me retuerzo al ver cómo la mayoría reniega de una joya que no merece y cómo, entre queja y queja, eleva su alma desencajada. Deberían estar todos bien colmados de alegría anónima, pues nunca podrían apreciar el protagonismo que confiere el dolor. ¿Por qué será tan poco escrupuloso? ¿Por qué regala abismos a espíritus huecos? Y una vez dentro... ¿por qué los deja vivos? ¡Por qué no los hace estallar como globos que suben demasiado alto!

202. La ciencia al revés

El científico se deleita en presentar sus ideas de forma deductiva, soñando con algún día poder explicar el universo a partir de un solo germen. Sin embargo, todo le ha venido dado por inducción. Es como un conicero que tras poner la cocina patas arriba te acaba poniendo en la mesa un plato limpio y minúsculo. Lo hace para que te lo tragues, no para dar a conocer sus secretos. El científico, si mostrara sus miserias, sus pasos a tientas, parecería demasiado humano y sobre todo demasiado *asequible*. Por eso es más serio si lo explica todo al revés, no sea que se lo lleven a la hoguera por adivino... Pero es precisamente la adivinación y la intuición, con su imprecisión y locura, lo que más frutos ha dado en el árbol de la ciencia. El que deduce quiere descubrir, pero se estanca en los dominios de lo ya descubierto. El que induce *crea*, y con ello descubre. Para el deductor se llega a la deducción de que toda la verdad está en el diccionario, aunque no haya (todavía) ninguno lo suficientemente completo. Anhela una receta final que se sirva como plato único y que requiera un único ingrediente. Si se llega a ella, desaparecerán los verdaderos científicos y ya solo quedarán predicadores...

203. Jaula urbana

Un estado de derecho no es una selva, sino una jaula del tamaño de una selva. Aumentar las fronteras de los barrotes hasta que nadie los vislumbre: eso es lo que el derecho llama libertad...

204. Seriedad científica

Un día un físico me dijo que yo era científicamente poco serio porque no definía los conceptos con total precisión. Entonces le pedí que me definiera con total precisión lo que era la seriedad científica y evidentemente no pudo hacerlo. A los que tengan demasiado respeto por la comunidad física les confieso un secreto: en ella hay abundancia de cerebros superdotados y tarados mentales, de forma *no disjunta*.

205. Poda científica

El árbol de la ciencia necesita podarse. Y es evidente que semejante tarea sanadora no puede llevarla a cabo un parásito del mismo. Deberá venir alguien con el conocimiento y la inocencia necesarios, que se interese por su rectitud. Alguien que corte algunas ramas y conduzca otras. Y que luego se vaya sin más.

206. Volver

-¿Qué es aquello que más querrías conocer? -Algo que no me permitiría volver para contarlo, pero sí para demostrarlo.-¿La muerte?-No, la locura.

207. Catedráticos

Obligar al investigador novel a elaborar una tesis es como forzar a una primeriza a parir un gigante. Si sobrevive, su fertilidad quedará notablemente resentida. De esta forma los supervivientes, necesitados aún de muchas obras, acaban ejerciendo de comadronas sanguinarias...

208. Torpezas

Resulta extraño ver caminar a un guepardo. Puede dar la sensación de que anda con cierta dificultad. Pero luego, al verlo correr, todas las sospechas quedan disipadas. Lo mismo pasa con el pato, paradigma de la torpeza, o con las focas. Quien los ha visto volar o nadar, respectivamente, no vuelve a usar su nombre para denigrar a un torpe. Sin embargo, cuando veo pasar

una multitud en la ciudad, pienso: ¿es también aparente nuestra inmensa torpeza? Y sobre todo, ¿qué es lo que nos redimiría de ella?

209. Corregir

¿Aceptarías que llegara un cirujano estético tras el nacimiento de tu hijo y quisiera convencerte de operarlo allí mismo, dada su patente fealdad? Por supuesto que no. Quizás el niño acabe siendo feo, pero al principio todos lo son. De la misma forma, uno puede dar su obra a conocer y que otros la evalúen, la critiquen o incluso la quemen o escupan sobre ella. Pero en ningún caso debe nadie ceder su obra para que otro *la corrija*. Dicho corrector no sentirá la obra desde su germen y acabará haciendo con ella lo que hacen los padres con los hijos ajenos... No importa si las correcciones son acertadas o no: desvirtuarán sistemáticamente tu obra hasta hacer de ella un adefesio. Por eso aprende a escuchar y aceptar las críticas, sé tú mismo implacable con tu obra si quieres... ¡pero ponla a salvo de los correctores!

210. Perfeccionismo

¿Qué logra un perfeccionista? Obviamente, *perfeccionismo*... La perfección pertenece a otro rango, tiene una cardinalidad de orden muy superior. El que se obsesiona en eliminar minuciosamente las imperfecciones de su obra no se acerca más que a una correctitud extrema, y esto con suerte. En cambio, una gran obra no se caracteriza tanto por su escasez de errores como por su abundancia y su fuerza, manifestadas incluso cuando aquellos se cometen. Ciertamente es que semejante fuerza solo han podido exhibirla unos pocos, mientras que cualquiera puede reducirse a esqueleto...

211. Dianas políticas

Si el voto político se ejerciera mediante el lanzamiento de un dardo, ¿cómo podría gobernar alguna vez un partido situado en la diana?

212. Purgar la ciencia

Si la ciencia es, como presume, una disciplina falsable y objetiva, ¿por qué no purga de su seno todos los trabajos que han quedado objetivamente falseados? En ella hay tanta basura atesorada que podríamos diagnosticar a Diógenes el Síndrome de la Ciencia...

213. De la inercia a la inercia

Primero, la inercia: movimiento relativo y eterno. Sobre ella, la pasividad: ley sin agente. De esta nace la acción, como potencia obstinada y libertad forzada. Finalmente, la pasión, esa acción superior que descubre cómo su naturaleza cíclica y pasiva se precipita hacia lo inerte.

214. Verdades pasadas de moda

Suele pasar que cuando una verdad entra por fin en escena, el problema que la esperaba ya hace mucho que pasó de moda. Si es así, después de numerosos intentos fallidos, ni siquiera la solución puede revitalizar a un enigma que arrastra tanto cansancio. Por esto, quien posea una certeza nueva sobre un misterio antiguo debe primero reinventar este antes de lanzar aquella, si lo que quiere es que los demás aprecien su descubrimiento. La verdad por sí sola constituye un trofeo extremadamente débil pero colocado en las alturas, y es precisamente esta altura lo que desafía a muchos a utilizar y aumentar su fuerza. Al final, el premio es *la propia fuerza*. El reconocimiento ajeno solo vendrá en tanto que el enigma vuelva a ponerse de moda.

215. Sinergia de rebaño

La sinergia es un concepto que va muy bien con el instinto de rebaño. Las fuerzas de unas ovejas cooperativas pueden no ya sumarse sino multiplicarse. Así es como la moral del esclavo se sofistica: haciéndose no lineal... En cambio, para lo opuesto, para una sinergia negativa, ¡ni siquiera existe una palabra! Y es bien evidente que dos reyes no reinan mejor que uno solo, ni que dos artistas podrán sumar sus talentos. Más bien todo lo contrario: para cualquier actividad aristocrática toda interferencia resulta destructiva, toda genialidad reaccionaria y toda sociedad inmiscible.

216. Homo sapiens

Si bien a las especies que nos son menos familiares no les asignamos más que un nombre en latín, por lejanía, con la nuestra pasa algo parecido, por *demasiada proximidad*. No tenemos ninguna forma familiar y neutra de nombrarnos. Llamar *Felis catus* a un minino es algo bastante frío, pero *gato* es simple, preciso e inequívoco. En cambio, al aplicar un nombre a nuestra especie, semejantes virtudes se antojan imposibles. Ningún apelativo resiste por mucho tiempo su condición de sustantivo: este acaba adjetivándose irremediablemente. Y como en todo adjetivo, su generalidad y exclusividad se ven comprometidas. “Ser humano” es algo que no parece aplicable solamente a nuestra especie. Más bien todo lo contrario: se trata de una actitud que se

puede observar en otras muchas criaturas terrestres y que seguramente no escasea en el resto del universo. Además, es un término que acaba volviéndose en contra de muchos. . . No hablemos ya de ser hombre, lo cual se refiere en teoría a la mitad de los individuos y en la práctica a muchos menos. Y si nos llamamos personas, quizá el apelativo menos criticable, también pecamos de intangibilidad, de olvidar nuestra vertiente más biológica. Quizás tengamos miedo. Miedo a la evolución. Si nos llamásemos especie B, ¿en qué momento nos quedaríamos obsoletos dejando paso a una especie A? O miedo a la involución, pues ¿en qué momento admitiríamos que provenimos de una especie superior A? El problema no es fácil. Por ahora debemos conformarnos con un nombre científico, nosotros, los científicos sin nombre.

217. Dioses humanos y hombres divinos

Hoy es frecuente encontrarse con creyentes supuestamente modernos que dicen no creer en el cielo, el infierno ni en los milagros. Presumen además de no seguir los dictámenes de la Iglesia ni los ritos que esta impone. No obstante, afirman seguir siendo creyentes. . . ¿pero creyentes de qué? «Creemos en Jesús», responden ellos. Ahora bien, si a Jesús le quitamos sus superpoderes multiplicadores, su resurrección o su celestial ascendencia, ¿qué le queda? ¿Su obra? No hubo tal. ¿Su vida? Demasiado desconocida y demasiado falseada como para tener una idea fiable de ella. ¿Su muerte? Poco original. . . ¿Por qué seguir insistiendo en cruces, apóstoles y evangelios? Aún en el caso de que su ejemplo conduzca a sentimientos amorosos y pacíficos, la simbología que rodea al crucificado está demasiado manchada por la historia. ¿A qué viene mantener un ídolo viejo y dudoso cuando se pretende romper con todo lo que de él se ha derivado? Si realmente en estos creyentes actuales hubiera un sentimiento verdaderamente fresco y joven, ya habrían destruido los símbolos pasados y creado otros nuevos, que es lo que hacen las sociedades fuertes cuando superan una decadencia. Pero no. Estos jóvenes prefieren seguir arrastrando cruces, basándose en argumentos todavía más turbulentos que sus antepasados, que al menos tenían la decencia de escudarse en la existencia del más allá para mantenerlos. Tomar a Jesús como modelo de hombre, como un dios cuya principal virtud fue ser humano. . . ¿no es esto el colmo de la hipocresía? Pensémoslo fríamente. Ya puestos a encumbrar a un hombre notable, ¿por qué Jesús y no Beethoven, Miguel Ángel o Newton? Al fin y al cabo, para estos últimos no hace falta tener una iluminación paranormal, sino que basta con afinar el oído, la vista o simplemente la inteligencia. Seguramente Jesús no fue un tipo totalmente vulgar, pero no es menos cierto que los ha habido bastante más destacables. ¿Para qué insistir, pues, en unos dioses supuestamente humanos cuando hemos presenciado explícitamente a hombres claramente divinos? ¡Sean bienvenidos al olimpo todos ellos! Ahora bien, quizás el *ejemplo* que dieron en vida no fue precisamente moral en el

sentido cristiano del término. Quizás no nos adoctrinen con el amor, ni tampoco nos impelan a sentimientos pacíficos... En otras palabras, semejantes dioses no nos enseñan a balar. Y lo que es aún más subversivo: puede uno soñar con convertirse en uno de ellos, no ya realizando buenas obras, sino a base de crear obras buenas...

218. La superioridad

Un cuerpo superior se muestra al mundo a través de casi todos los sentidos. En él, la fuerza queda encarnada en cada uno de sus surcos o sus venas. Para cincerarlo, debe uno sufrir y llevarlo más allá de sus límites presentes. Pero es él, el propio cuerpo, el que forja su propia belleza. Nosotros ponemos el esfuerzo, pero es la naturaleza la que esculpe. En cambio, desarrollar una mente superior es una tarea mucho más compleja. En primer lugar requiere un cuerpo que esté a su altura, exigencia que no es del todo recíproca. Luego, debe uno ser capaz de elegir qué tipo de esfuerzos son los más adecuados. En otras palabras, debe ser uno el escultor sin una naturaleza que le guíe. Es asombrosamente fácil perderse en la locura o colapsar en la inanidad. Cincelar una mente superior, pues, requiere no solo esfuerzo sino también *buen gusto*. Finalmente, cabe destacar que quien la posee pasa casi siempre desapercibido a los sentidos de los demás. En otras palabras, esta no es una virtud de feria. A la astucia de cada uno queda el no confundir al cuerpo fuerte con uno solamente inflado, y también el poder distinguir al sabio del que tan solo es enterado. La verdadera superioridad espiritual es una cualidad interna y esquiva. Parecida a la timidez del animal salvaje que prefiere huir sin por ello tener un ápice de cobardía. ¿Entonces, podría alguien preguntar, qué clase de superioridad es esa que no se exhibe ni se compara? Aquella que sabe que solo hay una verdadera competición, y que aun sabiéndose perdedora de antemano, sigue disputándola con una sonrisa.

Índice general

1.	La mala sangre	7
2.	Pirámides	7
3.	La voz terrible	7
4.	Modos de conocimiento	7
5.	Sacarlo a fuera	8
6.	La legitimidad del ataque	8
7.	Secretos de la paz	8
8.	La doble vida	9
9.	El bueno y el malo	9
10.	Solidaridad	9
11.	Desagradecidos	9
12.	El poder como número	9
13.	Complejidad	10
14.	La danza y lo sublime	10
15.	La medida del poder	10
16.	Ornamentos	10
17.	Azar	11
18.	Puntuación	11
19.	Príncipes y peluqueras	11
20.	Óptica	12
21.	La música ligera	12
22.	Ardillas y Tortugas	12
23.	Público	12
24.	Autoengaño	13
25.	Saturación	13
26.	El científico pretencioso	13
27.	Hipertrofia	13
28.	Reflejos	13
29.	Seguridad	14
30.	Estantes	14
31.	Optimismo	14
32.	Falso adiós	14
33.	Enemigos	14
34.	Modestia	15

35.	Las edades del hombre	15
36.	La amante torpe	15
37.	Lo verdaderamente deprimente	15
38.	Inmortales	15
39.	La vida como música	15
40.	Guías	16
41.	Gritar para el silencio	16
42.	Basta ya	16
43.	Mujeres y niños primero	17
44.	Gente con clase	17
45.	Homenajes	17
46.	Lógica masculina	17
47.	Superficialidad	17
48.	Perderse en las mentiras	18
49.	El tiempo como libro	18
50.	Coches	18
51.	La Brújula	18
52.	La polaridad del tiempo	19
53.	Jaque a la subestimación	19
54.	El tiempo finito	19
55.	Dones	20
56.	Si yo tuviera una escoba...	20
57.	El eterno intruso	20
58.	Dios y la música	20
59.	El infierno de Eolo	21
60.	Sin contradicción	21
61.	Historia o historial	21
62.	Solo para hombres	21
63.	Teatro diurno	22
64.	Estadística solitaria	22
65.	Panza arriba	22
66.	Newton y la tragedia	23
67.	Jazz	23
68.	Nietzsche y los desagradecidos	23
69.	Cargas	24
70.	Himnos	24
71.	Superalegres	24
72.	Ebrios y sobrios	24
73.	Frivolidad	24
74.	Promesas	24
75.	Nietzsche, otra vez	25
76.	El límite del conocimiento	25
77.	El hombre y la violencia	25
78.	¿Amistad?	25

79.	Escatología lacrimonal	26
80.	Jaulas	26
81.	Sueño	26
82.	Purgando la Tierra	26
83.	La vida como árbol	27
84.	Frutos	27
85.	Salud intelectual	27
86.	La supremacía del autor sobre su obra.	27
87.	Más enfermedad	27
88.	Ortodoxia	28
89.	La divinidad del hombre	28
90.	La vida ideal	28
91.	Un solo gesto	28
92.	Desguace	28
93.	Hermanidad humana	29
94.	Mártires de laboratorio	29
95.	Notas para una buena filosofía	29
96.	Espectadores	29
97.	El peligro de la integral	30
98.	Nacionalismo internacional	30
99.	Amores maestros	30
100.	Humorista y filósofo	30
101.	Efecto secundario	31
102.	La vida en un segundo	31
103.	Pasar a la historia	31
104.	Dolor	31
105.	Cuando me desvelo.	32
106.	Ejemplo	32
107.	El sexto pecado	32
108.	El milagro de Dios	32
109.	El pueblo elegido	32
110.	Especulación	32
111.	Querida rutina	33
112.	Carne	33
113.	El pecado carnal	33
114.	La Nada Activa	33
115.	El recuerdo del recuerdo	34
116.	Soledad	34
117.	La moral del escéptico	34
118.	Todavía falta	34
119.	Vida y biografía	35
120.	El valor del progreso	35
121.	La vida como espasmo	35
122.	Música para...	35

123.	Yo, nosotros	35
124.	El insulto para el hombre	36
125.	Estructura	36
126.	Al final	36
127.	La moral en la disciplina	36
128.	Talento	36
129.	Descolocado	36
130.	Eucaliptus	37
131.	Troncos y ramas	37
132.	La embriaguez perpetua	37
133.	La vida desenfocada	37
134.	El gran Kong	38
135.	Probabilidad futura y pretérita	38
136.	Perdonarse	38
137.	La realidad como axioma	39
138.	Copiar	39
139.	Humano y animal	39
140.	El arte alternativo	39
141.	La voluntad de derroche	40
142.	Prestar el alma	40
143.	Animales filosóficos	41
144.	Hacia una teología final	41
145.	La genialidad	41
146.	Probabilidad	42
147.	La extinción como descanso	42
148.	Misterios del Rosario	42
149.	Animalidad	43
150.	Basura	43
151.	La nada inane	43
152.	Fidelidad	43
153.	La ley vectorial del más fuerte	43
154.	Siesta	43
155.	Génesis del lenguaje.	44
156.	El buen malo	44
157.	Improvisación	44
158.	Madurez infantil	45
159.	La fundamental	45
160.	Culminación	45
161.	Decidiendo	45
162.	Aerodinámica espiritual	46
163.	El arte humano	46
164.	Caminar recto	46
165.	Septiembre	47
166.	La fragilidad de la música	47

167.	Cagarrutas genéticas	47
168.	El círculo del lenguaje	48
169.	Integración de la realidad	48
170.	La secta de lo humano	48
171.	La muerte como prestigio	49
172.	El laberinto de la cordura	49
173.	Pensamiento mayoritario	49
174.	La destilación de la filosofía	50
175.	Puesta de sol	50
176.	De barcos y rumbos	50
177.	Entre la locura y la cordura	50
178.	Gradientes	50
179.	Ver pasar	51
180.	Autocita	51
181.	Tercera edad	51
182.	Entender la vida	51
183.	El reloj disipativo	52
184.	Pesadillas	52
185.	Pedagogía musical	52
186.	La vida y lo fundamental	52
187.	La tiranía de las ideas	52
188.	Muerte y vida	53
189.	El arte en la ciencia	54
190.	Razón y sinrazón	54
191.	Sordera	54
192.	Llanto	54
193.	Particularidad universal	55
194.	El olvido de los malos	55
195.	La necesidad de lo verdadero	55
196.	La opinión, el opio del pueblo	56
197.	Lo bueno	56
198.	Ponerse	56
199.	Doctorarse	56
200.	El premio como argumento	57
201.	Dolor sin escrúpulos	57
202.	La ciencia al revés	57
203.	Jaula urbana	58
204.	Seriedad científica	58
205.	Poda científica	58
206.	Volver	58
207.	Catedráticos	58
208.	Torpezas	58
209.	Corregir	59
210.	Perfeccionismo	59

211. Dianas políticas	59
212. Purgar la ciencia	59
213. De la inercia a la inercia	60
214. Verdades pasadas de moda	60
215. Sinergia de rebaño	60
216. Homo sapiens	60
217. Dioses humanos y hombres divinos	61
218. La superioridad	62